

# AL-ANDALUS

ÓRGANO DE CULTURA DEL COMITÉ CENTRAL ÁRABE DE CHILE

AÑO I

MARZO DE 1950

527718  
12A (P.30)

N.º 1

ALEJANDRO CHELEN ROJAS



PORTADA DE LUKO

## GUIA DE LECTURA

Editorial.

Los fundadores del Imperio Árabe.

La mujer árabe en la vida  
internacional.

¿Qué es el Arte Moderno?

Por la colaboración cultural entre  
Oriente y Occidente.

Entrevista a Javier Rengifo,  
por Saulo.

Nocturno del Volantín, por Whady  
Barrientos.

Ibn Batutta, el viajero infatigable.

El Holandés Volador (cuento)  
por Ernesto Silva Román.

Palabras ante la tumba de un Poeta.

La reeducación de los impedidos e  
incapacitados.

"Cómo descendimos en la Isla de las  
Herramientas", por Fco. Rabelais.

La esposa infiel, (Cuento de la Isla  
de Java).

Poemas de Mahfúd Massis.

Crítica Literaria, por ANTA.

Los orígenes y genealogía del camello.

Libros extraños.

La historia de la España Musu'mana.

Como nació la tierra.

Huellas del Arte  
Mudéjar en América.

ILUSTRACIONES DE LUKO

# AL = ANDALUS

Organo de Cultura del Comité Central Árabe de Chile.

Consejo de Redacción:  
 MAHFUD MASSIS  
 BENEDICTO CHUAQUI  
 MOISES MUSSA  
 MICHEL MEHECH

Director:  
 CONSTANTINO WAGÜI  
 Subdirector:  
 CARLOS DE BARAIBAR

SANTO DOMINGO 560 — CASILLA 9122

AÑO I

SANTIAGO, MARZO DE 1950

Nº 1

## A modo de entroncamiento

Nó; no es menester ir a los antiguos cementerios a buscar la cultura de esta raza, amortajada entre pendones negros, o en el barranco atroz de las cosas perdidas

Ni es necesario ir a los museos, secos, mortales, para reconstruir, bajo añosos huesos, el esqueleto macabro de una cultura que alguna vez estremeció al mundo, allá, lejos, cuando mucha tierra dormía aún cubierta por las eternas aguas.

¡Oh, escépticos, carcomidos Caínes, hay un clamor de muchedumbres que desafía vuestro cejijunto y blando rostro!

¡Por el lado DONDE SE LEVANTA EL SOL, hay voces que mugen, con mugidos de hombre que exige su libertad bajo los cielos.

Muchas civilizaciones perecieron dentro del "maelstrom" del devenir, y, entre la furia de imponentes maderos, un terrible son de elegía ilumina el descenso.

Pero vosotros, forjadores de la alquimia, magos de antaño y adivinos, vosotros los de los cuentos y leyendas iridiscentes, los del genio constructivo y ornamental, vosotros, empíricos soñadores, lectores primeros en el libro de

los astros, pueblo árabe, desde milenios formais en la arquitectura del mundo, y vuestra ciencia, vuestra sangre, y vuestro arte, corren en el gran río arterial de enormes cadenas humanas, que no pueden escapar a vuestro influjo.

Además, hay una progenie ilustre, que crece y extiende su arboladura en los continentes, y como retoños leonados reeditan los sueños de sus mayores.

En Chile, país de genio insular y resuello volcánico, tendido como una gran boa geográfica, habita una legión formidable que azota los costados del Continente. Son los hijos de esas migraciones árabes, y, parcialmente, ellas mismas, que, desde la cabeza del siglo aportan su acervo creador a las palpitantes floraciones humanas de América.

Sin dolo ni engaños, sin traiciones, se incorporaron con naturalidad, sin énfasis racial prepotente, a la órbita trascendental de la vida americana, a la esfera emergente de sus negocios, de su drama social, de sus manifestaciones genuinas, profundas, vernaculares.

Mas, superado ya el ciclo material, que ellos acometieron acrecentándolo, comprenden que ya comienza la etapa de su superestructura expresiva, que es

la contraparte dialéctica de un hito que rebalsa hacia los planos imponderables.

Al-Andalus, formalización irreductible de esta afirmativa, no pretende colonizar el pensamiento hispanoamericano, sino que aspira a ser un verdadero vehículo de inmersión dentro de sus abstrusos dominios, al mismo tiempo que acentuar su interés en el conocimiento de una raza calumniada y desvirtuada por rentados mercaderes y transgresores de la verdad. Su dependencia como instrumento de cultura del Comité Central Árabe de Chile, no lo liga sino a los compromisos señeros con el pensamiento continental. Su Presidente y Directores, arriman sus máquinas de combate al espectáculo de la época, como jamás se hiciera antes, persuadidos de que cual-

quier victoria por la libertad, es, a la postre, una victoria por la libertad del mundo.

Para nosotros, en este instante dramático de la historia, cultura no significa el almacenamiento de indigestas cuestiones cuyo ingreso está controlado por un libro de bodega. NO. Ella no es sino la dinamización de la personalidad hacia la conquista de lo substancial, de lo acendradamente humano.

Ahora que la bota emplomada deja escuchar su son de terror sobre los viñedos bíblicos, y hay millones de voces "que claman en el desierto", acaso no fuera vano invocar, por una vez, las palabras de Goethe, el viejo grandioso: "Podéis derribar pilares y columnas, pero nunca a un corazón libre".

M. M.

# Los fundadores del Imperio árabe

Para muchos, continúa siendo un misterio la asombrosa rapidez con que se extendió el Imperio árabe, abarcando, en pocos años casi la mitad del mundo conocido a la sazón. El caso es en verdad extraordinario, y tanto más si se tienen en cuenta lo reducido de la masa árabe sobre la que se edificó el prodigioso edificio, así como la anarquía política e ignorancia del arte militar en que Mahoma la encontró cuando comenzó su predicación de fuego. Sin embargo, la crítica histórica ha aclarado suficientemente el caso, ofreciendo una interpretación racional que no menoscaba, por serlo, cuanto hay de efectivamente prodigioso en tan inusitada expansión.

En la vida de los pueblos hay períodos caracterizados por un aliento de plenitud propicio para las más sublimes empresas. Entonces surgen en ellos hombres de la mejor calidad, capaces de cambiar aquellas fuerzas en potencial hacia los más altos destinos, a condición de que la coyuntura histórica general no les sea terminante contraria. Tal fué el caso de los árabes en los primeros tiempos del Islam, a pesar de estar encuadrados entonces su país entre imperios mucho más fuertes. Pero Bizancio y Persia yacían minados por la decadencia, por lo que su situación acabó por favorecer la propia expansión árabe, no obstante el enorme desnivel inicial entre las respectivas fuerzas, al ser acogido el Islam como una liberación que parte de los pueblos oprimidos por aquellos.

El primer factor esencial en la formación y extensión del Imperio árabe fué el aliento heroico que Mahoma insufló a su pueblo, al darle una fé tan superior a su idolatría, juntamente con una conciencia de unidad de sangre y de destino. Superada así la anarquía religiosa y política que las caracterizaba, los árabes nacieron a la vida, como un pueblo que por primera vez se encuentra a sí mismo, joven, impetuoso, lleno de imaginación y vitalidad, presto a los mayores sacrificios y aventuras. Con todo, la desesperación entre su fuerza material y la experiencia política y militar de Bizancio y Persia, no podría haber sido colmada sólo por el entusiasmo, si los árabes no se hubieran asimilado las lecciones de la grandeza y la decadencia de sus poderosos vecinos. Pero con gran flexibilidad y eficacia, aprendieron a potenciar el brío de sus impulsos, con la asimilación del arte de

conquistar y gobernar, guiados por un grupo de hombres extraordinarios. A la luz de estas premisas básicas, la expansión árabe deja de ser un milagro irracional para transformarse en el lógico y afortunado efecto de una fuerza espiritual y material, diestramente animada y organizada, dirigida por una brillante selección de jefes, inquebrantablemente soldados,—masas y dirigentes—por la ilimitada fé en un alto ideal religioso.

El impulso inicial—en todos órdenes—fué personal, en proporciones inmensas, de las excepcionales virtudes de que se adornaba la figura por tantos títulos admirable del creador del Islam. Sin embargo, fué su destino fallecer antes de que pudiera empezar la gran campaña que él mismo había preparado tan minuciosamente, para comenzar la expansión universal de su fé. Por lo mismo, la recia personalidad de sus sucesores—y de sus colaboradores principales—jugó un papel capital en el fulminante éxito de la gran aventura árabe. Y éste es un rasgo preponderante en la etapa (delimitada por el gobierno de los "compañeros del Profeta", los cuatro primeros Califas: su alta talla moral, sus grandes virtudes de mando, especialmente en los dos primeros, Abu Bakar y Omar.

Nada perfila mejor la personalidad de aquél que las frases que pronunció en el augusto momento de ser investido con la sucesión de quien él había amado con la admiración que se puede dedicar a un maestro enviado por el mismo Dios, y con la ternura que es posible en un hijo. He aquí su texto, tan impresionante por su sobriedad como por su elevación moral: "si obro mal, abandonadme. Decir la verdad al depositario del poder es un acto de celo y de devoción; ocultársela, es una traición. Ante mí, el débil y el poderoso son iguales; yo quiero rendir a todos una imparcial justicia. Si alguna vez me apartara de las leyes de Dios y de su profeta, dejaría de tener derecho a vuestra obediencia".

Durante los tres años de su mando, hasta su muerte, Abu Bakar no se apartó de tal doctrina. Y animados por tan bello ejemplo en lo alto, los árabes comenzaron sus extraordinarias hazañas bélicas siguiendo las sabias instrucciones dadas por el primer Califa a sus lugartenientes, militares y civiles: "no oprimáis a los pueblos, les ordenó Abu Bakar. No los provoquéis inútilmente. Sed

buenos y justos, que el éxito será vuestra recompensa. Cuando encontréis al enemigo, atacadlo valientemente. Si vencéis en el combate, no matéis a las mujeres y a los niños. No destruyáis sus casas y sus campos. Si firmáis un tratado, respetad sus cláusulas. En los países cristianos, encontraréis en vuestro camino hombres piadosos, que sirven a Dios en sus iglesias y en sus monasterios. No los molestéis. No se los destruyáis”.

Es fama que, al morir, Abu Bakar no dejó más que el traje que llevaba puesto, su camello y la esclava que lo servía. Y que, en su reinado, no había tomado del tesoro público más que cinco dracmas para su subsistencia. No es extraño que con tan magnánimo espíritu, se consolidara la herencia moral y política de Mahoma en forma que se prepara el reinado de Omar, el más grande de los Califas, de quien escribió Tabri estas enaltecedoras frases: “No hay que alabar a Omar por su justicia y su desinterés, porque antes que él ha habido soberanos justos que se han abstenido de tocar el tesoro público y los habrá después de él. Pero lo que es ad-

mirable en el carácter de este Califa es que, cuando llegó al poder, no cambió absolutamente nada en sus hábitos, continuando siendo famoso por su frugalidad y la sencillez de su vestir. Ocupó el poder durante más de diez años en los que cada día veía salir una nueva expedición y le llegaba la noticia de una victoria. Cada día contaba un feliz acontecimiento más y constantemente le aportaban grandes riquezas. Conquistó el mundo, humilló a todos los soberanos, fundó ciudades como Basora y Kufa y ordenó los asuntos administrativos y los impuestos. Sus ejércitos penetraron, por el Este, hasta los bordes del Djaihoun por el Norte, hasta el Azerbaidjan, hasta Derbend de los Khazares y los muros de Gog y de Magog; por el Sur, hasta los del Sind y de la India, en el Oman, el Bahrein, el Mokran y el Kirman, al Oeste, hasta las fronteras del país de Rom. Los habitantes de todos estos países fueron súbditos suyos y entraron en su obediencia. Y, a pesar de tanta potencia, Omar no cambió en lo más mínimo en su manera de vivir, de comer, de dormir, de vestirse, de hablar”.

## “ALBORADA DE ESTRELLAS”



*Bajo este título, Eduardo Abufhele Halabí, animador radial vastamente conocido, ha reunido algunas de sus mejores glosas, que abarcan un período intenso dentro de la radiotelefonía chilena.*

*Ellas tratan de formar un clima subjetivo alrededor de temas musicales de índole popular, y que tienen amplio arraigo en un gran número de auditores.*

*Prima en estas glosas un espíritu romántico, delicado, de luces vespertinas, que se va desarrollando sin escollos visibles, y que tiende a la imagen fácil y sin complicaciones.*

*Es un manojo de pensamientos y sentimientos de juventud, tal vez un poco adolescentes, pero en los cuales es posible advertir cierto énfasis poético interior, el cual, desarrollado de acuerdo con más modernas y serias tendencias, podría dar mayores resultados.*

*Adviértese cierta tonalidad tagoriana, pero llevado a cumplir las funciones que el libro de antemano, se propone. En ese plano cumple con seriedad y es en cierto modo un estímulo en contra de la chabacanería que invade las audiciones destinadas a propagar la música popular a través de la radio chilena.*

# La mujer árabe en la Vida Internacional

Para muchos constituirá una positiva sorpresa saber que, desde hace años, la mujer árabe está participando activa y destacadamente en las organizaciones femeninas internacionales. Sin embargo es así, pudiendo afirmarse que, en general, por lo atinado de sus intervenciones, ha prestado un eminente servicio a la Nación Árabe, en el más amplio sentido del término; al demostrar su preparación para el progreso en todas las dimensiones.

Como corresponde al grado de evolución de su país y a su mayor experiencia internacional, son las organizaciones femeninas egipcias las que más se han destacado en este terreno. Y así vemos que la Unión Feminista egipcia, afiliada a la Alianza Internacional de Mujeres, ya estuvo representada en el Congreso de Roma, celebrado en 1923, es decir, en el mismo año de su fundación. Era la primera vez que una mujer árabe aparecía en un Congreso internacional, por lo que la delegación causó positiva emoción entre las representaciones europeas y americanas, constituyendo la gran atracción de aquel Congreso, aumentada al límite por la acertada decisión de acudir a todas las ceremonias oficiales con el traje nacional.

Un delicado detalle—altamente representativo de los verdaderos sentimientos de todos los árabes—terminó por hacer de aquella delegación el centro mismo del significado simbólico del movimiento feminista internacional: fué cuando, en la sesión inaugural la delegación egipcia se presentó con una bandera nacional en la que la Cruz y la Media Luna se unían en un signo de imperecedera amistad. Era la mejor manera de responder a las acusaciones, tan frívolamente lanzadas, a veces, sobre la xenofobia o el fanatismo de los árabes, situación que fué maravillosamente captada por la señora Chapman Catt, fundadora y presidenta de la Alianza, quien—emocionada hasta derramar lágrimas—presentó a las delegadas egipcias en términos tan elevados y entusiastas, que sus palabras fueron acogidas con tempestades de aplausos.

A partir del histórico Congreso de Roma, que señaló para la egipcia la fecha de su liberación de las anacrónicas tradiciones del ve-

lo, la reclusión y la privación de la enseñanza, la Asociación participó en todos los Congresos celebrados por la A. I. F.: París, en 1926; Berlín, en 1929; Marsella, en 1933; Estambul, en 1935; Copenhague, en 1939; Roma, en 1948, y Beyrouth, en 1949. A lo largo de estas manifestaciones, se impuso con bien ganada autoridad la personalidad de la señora Charaoui Pacha, al representar tan dignamente a su país y a todos los pueblos árabes del Oriente próximo que, elegida miembro de la directiva en 1926, fué nombrada Vicepresidenta, en 1935, hasta su reciente fallecimiento, unánimemente deplorado por cuantos tuvieron la oportunidad de tratarla. La organización estuvo presente también en los Congresos asiáticos de Haidarabah (1945) y Nueva Delhi (1947), organizando por su parte dos Congresos en El Cairo: el de 1938, para la defensa de Palestina, y el de 1944, en los que se reunieron delegaciones de todos los vecinos países árabes.

Nada más lejos de la realidad que imaginar que la asistencia de la mujer árabe a los Congresos internacionales se ha reducido a un simple acto de presencia, más o menos simpática. Después de reiteradas y enérgicas intervenciones en los Congresos de Estambul y Berlín, por ejemplo, la Alianza condenó por dos veces el régimen de Capitulaciones en Egipto, que dificultaba la represión del tráfico de mujeres y de estupefacientes. En la Conferencia de Montreux, como consecuencia de ello, Mme. Corbett Ashby—Presidenta de la Alianza Internacional de Mujeres—apoyó las reivindicaciones de la delegación egipcia, en cumplimiento de los anteriores acuerdos. En 1933, en la Conferencia de Marsella, organizada con intención de ayudar a la mujer francesa a la obtención del derecho a voto, la delegación egipcia se esforzó, para impresionar favorablemente al público francés, en destacar las consideraciones que la ley musulmana guarda a la mujer, en orden a capacidad civil, causando fuerte impresión las referencias de un juicio de los tribunales egipcios en favor de una esposa abandonada. Y en los últimos Congresos, los puntos de vista de la mujer oriental en favor de los refugiados árabes, lograron asentimiento general.

(Pasa a la pág. 32)

# ¿Qué es el Arte Moderno?

EL RECIO Y DESCONCERTANTE ESCRITOR VICTOR LOHENTAL  
ESCRIBE ESPECIALMENTE PARA LOS LECTORES de AL-ANDALUS

La Revista "Al Andalus" ha solicitado mi colaboración, para que dilucide el problema de la incomprensión del Arte Moderno. En breves líneas, y con palabras muy claras, explicaré lo fundamental del asunto.

En primer lugar, no hay Arte Moderno. El Arte ha sido el mismo en todas las épocas, y lo seguirá siendo. Se usa el término Moderno o Antiguo para designar un arte sellado o abierto, respectivamente. Es decir, el Arte Moderno es esotérico (sellado, misterioso oculto), y el Arte Antiguo es exotérico (abierto, conocido, fácil). Pero esta división (en Antiguo y Moderno) es perfectamente estúpida.

En efecto, si el lector examina los antiguos poemas, quedará admirado al constatar que ellos encierran increíble cantidad de elementos e imágenes que, en nuestros días, son, indiscutiblemente, de un "modernismo" asombroso. Léase la Edda Mayor, recopilación de tradiciones poéticas que datan de 5 mil años A. de C., el Avesta, de unos 4 mil, el Mahabaratha, de 3 mil, y de fecha parecida, el Libro de los Muertos, la Epopeya de Gilgamesh, más recientemente, la Biblia, los poemas órficos y pitagóricos, las Sagas y Epopeyas nórdicas, y cien o mil monumentos literarios de todas las regiones de la tierra, que no es posible seguir citando. En cuanto a la pintura moderna, queda pálida ante los audaces dibujos de la caverna prehistórica de Altamira, ante los frescos de Cnossus, 3 mil A. de C. y la pintura egipcia de parecida fecha que son, tan modernas como la más avanzada pintura de nuestro tiempo. ¿Y la música? 6 mil años A. de C., en la China, no eran novedad los cuartos y tercios de tono, y el Mazucatto estableció, hace siglos, tomándolas de la antigüedad, todas las combinaciones armónicas posibles. Lo mismo puede decirse de la estatuaria y arquitectura griegas, egipcias, hindú, siamesa, asiria, etc.

En la edad Media, Los Nibelungos, Gudruna y otros grandes poemas. En el Renacimiento, Cervantes, Rabelais, que están, actualmente, más vivos que nunca. Las Mil y Una Noches, ¿no son, por ventura, narraciones

que en nuestros días, pocos, si alguno, serían capaces de igualar?

El lector debe, pues, abandonar toda idea de modernismo o antigüedad en el Arte. Los que hablan de ello son simples oportunistas, deseosos de embaucar a las gentes, haciéndose pasar por "artistas revolucionarios". El Arte no marcha al compás del progreso: se adelanta a él, superándolo. Está fuera del tiempo. Está dentro de lo eterno. Por eso, todas las religiones expusieron su doctrina en vivas imágenes en poesía viva. ¿Qué más poético que la enseñanza de Cristo, o los cantos llamantes de los Profetas?

Lo único que se puede determinar es que hay Arte Verdadero, y arte falso. El que es falso, nació muerto. El que es verdadero, no envejece.

Ahora bien: ¿qué es el Arte Verdadero (o mejor dicho, EL ARTE, ya que no hay sino uno solo)?

Desde luego, si aceptamos, como es necesario, que el Arte no envejece, nos encontramos ante el problema de que no puede, en tal caso estar constituido por los elementos que nos dá nuestra época sino a condición de transmutar (elear, iluminar, embellecer) estos elementos, dándoles así colores perennes que no se desgasten con el tiempo. Elemento es cualquier objeto, o sea, cualquier sustantivo o forma substantivada. Desde luego, no todas las palabras que designan un objeto poseen el mismo grado de magnetismo poético. Lo serán aquellas que se aparten de lo inmediato, de la realidad circundante. Los objetos de uso corriente son los que poseen menor carga poética (corbata, frasco, cuchara, etc.). Los que denotan permanencia temporal (montaña, fuego, bestia, etc.) son los mejores. Los primeros pueden magnetizarse positivamente, y los segundos, negativamente, en ambos casos hasta cierto punto, por la adición de términos contrarios (dialéctica). Además los elementos comunican su carácter a la obra de arte, a condición de estar polarizados en un solo sentido, según el tema. De ello dependen la unidad y el sentido (o sea, la *intensidad*) de la misma.

En pintura, los elementos son las formas, y el carácter lo dan los colores (como en literatura, el "color" poético de las palabras). En música, todo depende de la fusión perfecta de los ritmos con los intervalos.

De todo esto se puede extraer que el proceso artístico es un verdadero proceso químico de combinación. Esto es más o menos exacto. Pero nunca por ningún motivo, debe aceptarse que el Arte dependa de la técnica. El Arte no admite técnica alguna. Como Jehová de los Ejércitos, Es el que Es. Lo cual puede explicarse someramente.

Es muy conocido el hecho de que los sonámbulos, cuando actúan, no reflexionan: puesto que ningún recuerdo conserva de lo que hace (la memoria no guarda sino el pensamiento). Sin embargo, jamás se equivocan, cualesquiera que sean las pruebas a que se los someta. Aún cosas que en estado normal, ni siquiera imaginan saber, saben. Ello prueba la existencia de una Super-Conciencia, que capta, con matemática precisión, cuanto desee saber.

Ahora bien, el Arte es, en última instancia, la búsqueda de la verdad última (en lo que atañe al ser, interrogación, lamento, etc., siempre relacionada con aquella supuesta verdad (Luz-Vida). El encuentro de ella—que no puede encerrarse en conceptos, sino, *vivirse*,—o de sus reflejos particulares ( las cualidades de toda índole), se realiza por la Super-Conciencia. Pero como ésta pertenece a otro plano de vida, su expresión directa sería incomprendible en nuestro medio: el artista, no en trance inconsciente, como el sonámbulo, sino en estado de viva conciencia, concentrada, alerta. De manera que todos esos relámpagos (los mismos del Sinaí tonante) son aprisionados "entre" palabras por el artista.

para conformarlos (a la intuición del lector o conocedor), a nuestro medio. Este, lo hago notar, no es un proceso místico. El corresponde a una realidad rigurosamente científica de nuestro universo.

El artista no puede expresar "con" palabras, la Vida (la cual carece de límite), porque caería en la vana pretensión de la filosofía que nunca explicará nada. Necesita expresarla "entre" palabras, es decir, se vale del símbolo, que consiste en dos o más palabras, que señalan, *por reflejo*, la realidad. Símbolos son las imágenes, metáforas, todo lo que aparentemente dice una cosa (muchas veces sin sentido aparente) y en realidad expresa otra, o varias a la vez. Toda forma de realidad, para ser *esencialmente* comprendida, necesita ser expresada a través del Gran Arte. Y el Gran Arte es sellado, prohibido, abierto solamente a ciertos "escogidos" (que son los que le aman *sin interés*).

Es fácil comprender, así, que el Arte es la superación de la lógica. Esta es lo particular, el Arte, lo absoluto, en cuanto a la realidad. La lógica es un momento en la historia del hombre. El Arte, por el contrario, es el reflejo de toda la vida del hombre (humanidad), instantaneizada.

De modo que nadie podrá jamás comprender el Arte (de ninguna época), a través de la razón, sino a través de la *sensibilidad*. La razón capta las categorías filosóficas. La sensibilidad capta las categorías artísticas. Todo lo que se diga en contrario es simple confusiónismo del cual se aprovechan los incapaces y algunos profesores de castellano, para simular la obra de creación, la cual tiene tan poco de racional como la grandiosa expresión de la Naturaleza.

V. L.

## ACTA DE DEFUNCION

Matanzas, 14 de febrero de 1860.

EL INFRASCRITO, EUSEBIO RODRIGUEZ, ALCALDE, certifica que a DON MANUEL CHICO, que muerto lo tengo de cuerpo presente tapao con un poncho pampa al parecer rayano, lo sorprendió la muerte al salir de un baile de DON RUFINO, EL CATALAN de la quebrada de DOÑA PEPA, lugar muy conocido y de pública voz y fama en el pago.

Interrogado el cadáver por tercera vez y no habiendo recibilo respuesta categórica alguna, resuelve darle sepultura en el campo de los desaparecidos, conforme cuádran circunstancias morales y físicas de que certifico.

P. D. Debe hacer constar, además, que el finao era muy amante a la bebida y muy dado a las galanterías amorosas, por cuyas circunstancias tenía una cicatriz en la quijada izquierda, producida por un richarón de grasa caliente que le arrojó al rostro de la cara la hija de la parda NICO LASA, no se sabe por qué zafaduría.

Es copia del original que obra en poder de la Intendencia Municipal de San Justo, Provincia de Buenos Aires. Libro 2 — Folio 98 del año 1860.

Comunicado por GUILLERMO MOOR

## Por la colaboración cultural entre Occidente y Oriente

Son legión los convencidos de que si realmente se desea salvar los supremos valores espirituales de la civilización, no hay tarea más urgente y fructífera a la vista que provocar una estrecha inteligencia entre Occidente y Oriente. En esta magna y apremiante empresa pueden jugar papel de primer plano Iberoamérica y los pueblos araboislámicos, revitalizando la admirable floración de síntesis cultural que en plena Edad Media se desarrolló en la España musulmana. Y buena prueba de que empieza a considerarse así, de que el ambiente comienza a estar preparado para captar la honda trascendencia de tan seductora empresa, la tenemos en el interés con que ha sido escuchado el ciclo de conferencias radiales que sobre este tema general ha dictado recientemente nuestro Subdirector, Carlos de Baraibar.

Recién retornado a Santiago, (después de cerca de tres años de viajes y estudios por la Europa occidental y el Oriente medio, nuestro compañero fué gentilmente invitado por el Departamento de Difusión de la Universidad de Chile para exponer en un ciclo de cuatro conferencias sus impresiones acerca de la conveniencia y posibilidades de establecimiento de una estrecha colaboración cultural entre Occidente y Oriente. Aceptado tan honroso encargo, C. de B. expresó en su primera conferencia la especial satisfacción que como español le producía tener tal oportunidad de recordar el portentoso ejemplo de síntesis cultural ofrecido por el "Al-Andalus", donde musulmanes, cristianos y judíos se integraron en un portentoso esfuerzo cultural que, además de su muy valioso creación original, salvó la cultura clásica del vendaval de la barbarie, tendiendo el puente entre ella y el Renacimiento occidental. En seguida, trazó el esquema de sus cuatro conferencias, distribuyendo así su trabajo: primero, la refutación del error de estimar que existe una incompatibilidad cualquiera entre Occidente y Oriente; segundo, la leyenda de la intolerancia islámica; tercero, lo que la cultura occidental debe al mundo árabe; por último, la necesidad y posibilidades de cooperación entre la cultura occidental o cristiana y la árabe e islámica. En cada una de estas conferencias, C. de B.

procuró, en todo lo posible, fundamentar sus asertos y observaciones en aportes españoles y árabes a la elaboración de la verdad histórica, y en experiencias personales recogidas en sus dilatados y repetidos contactos personales con los hombres y las culturas de Oriente directamente conectadas con España y, a su través, con Iberoamérica.

No hay lugar aquí para condensar, siguiendo sus líneas generales con algún detalle, estas cuatro conferencias, destacadas con todos los honores por el Departamento de Difusión Cultural de nuestra Universidad y por la emisora Radio Nuevo Mundo, y seguidas con creciente interés por los auditores. Destacaremos únicamente que, con sobria documentación y serena objetividad, quedaron positivamente elucidadas estas dos cuestiones por el conferenciante: primero, la inexistencia de cualquier incompatibilidad de fondo que impida la más estrecha colaboración entre la civilización cristiana y la islámica, tema analizado sucesivamente por él desde los puntos de vista religioso, jurídico, político y cultural; segundo, la posibilidad y urgencia de establecer la colaboración postulada, a cuyos efectos destacó los esfuerzos iniciados en tal sentido, principalmente en Oriente. A este propósito reveló hechos tan importantes y sugestivos como la existencia de grupos de auténticos precursores de tal colaboración, cual la asociación, radicada en El Cairo, de los "Hermanos Sinceros" ("Akhwan El Safa"). En ella, un grupo de sacerdotes católicos y de "cheika" de la Universidad islámica de Al-Azhar, e intelectuales de una u otra creencia, trabajan en común temas preferentemente relacionados con la teología, en admirable confraternidad cultural que recuerda los días de mayor gloria espiritual del Califato cordobés.

Para C. de B., estimando, con Toynbee, "que la civilización está a prueba" y que "la salvación no ha de venir del Oriente, pero tampoco del Occidente", tales efectivos pioneros de la cooperación anhelada adquieren un valor simbólico excepcional, al señalar el camino que cada uno habrá de recorrer, con su carga peculiar a cuestas, para que el conjunto se salve por el triunfo del espíritu.

ENTREVISTA DE SAULO

# JAVIER RENGIFO

CELEBRE AUTOR DE "ANTIGUO VALS DE AMOR"

HABLA PARA AL ANDALUS

Como hombre humano y de corazón, repudio el despojo, nos dijo.

En una romántica sala, atiborrada de viejos libros y enormes claveles rojos, encontramos al popularísimo compositor don Javier Rengifo Gallardo, famoso autor de "Antiguo Vals de amor", del "Himno a Balmaceda", y tantas otras piezas que han conquistado justo renombre. El maestro Rengifo ha visitado Europa, largamente, en dos ocasiones, y dado a conocer su música en Madrid, París, Bruselas y otras grandes capitales. En Chile, fué él quien introdujo a Wagner, en los "Conciertos Wagnerianos" del Santa Lucía, y en fin, su labor, como crítico de "La Nación", como forjador de nuevos valores, y celoso propagandista de la cultura musical, excede cualquier comentario.

Naturalmente, nuestra primera pregunta es: "Maestro, ¿cómo se inspiró para componer su hermoso vals?"

—Cierta vez, nos contesta el eximio músico, me sentí arrastrado por un súbito impulso, e incorporándome, empecé a escribir una melodía. Luego que la hebe terminado, la dejé guardada en el fondo de un cajón. Pasó el tiempo, y ya había olvidado mi vals, cuando un buen día se hicieron presentes dos distinguidas damas: Miss Oval, y Frau Rossen, renombradas médiums, de paso en nuestra capital, y a las cuales conociera en uno de mis viajes al continente europeo. Ambas, con gran sorpresa de mi parte, declararon conocer el vals, que ya había totalmente olvidado, entre montones de libros, y que, naturalmente, sólo yo conocía. Y como prueba tararearon—con dulce voz, por cierto,—su melodía. En la que hubo la diferencia de una sola nota, que vino a complementar la expresión del trozo, que por ello, y por respeto al extraordinario fenómeno, decidí incluir en la versión oficial. Publiqué mi vals, y desde el primer momento constituyó un éxito no esperado. La dedicatoria fué para mi primera esposa, en aquel entonces fallecida hacía tiempo.

—¿Qué deduce Ud. de ello?

—No deseo imaginar ni conjeturar nada. Me limito a relatar el caso, tal y como ocurriera, en lo que a mí toca.

—¿Qué planes alienta para el futuro?

—Ninguno. En este país no vale la pena ocuparse del porvenir. No hay libertad para la creación, desde el momento que no la hay para la difusión.

—¿Qué opina de la música arábiga?

—Recuerde Ud. que soy de cepa española, y que entre mis antepasados se encuentra un famoso guerrillero árabe. Con este recio abuelo, ¿cómo no amar y admirar la cultura inmensa que se gestó en Granada, en Córdoba y en Andalucía? El flautín es como lamento de "jinnih" condenado. La cítara, como canto de huríes en medio de lagos celestiales.

—¿Qué opina sobre el problema palestino?

—Los problemas internacionales no son mi fuerte. Pero, como hombre de sentimientos humanos y fraternales, repudio de todo corazón el despojo.

—¿Cuáles son las actividades de la Soc. de Compositores Chilenos, que Ud. preside?

—Carecemos de apoyo oficial, y hay sectores que se complacen en combatirnos. Con todo, sepa Ud. que nuestra Sociedad cuenta con los más altos valores de la música nacional.

—¿Y fuera de los valores verdaderamente legítimos, aunque poco conocidos, como Remigio Acevedo, Víctor Lohenthal y otros, y del patriarca de nuestra música, Eleodoro Ortiz de Zárate, me puede señalar algunos más?

—Sólo el tiempo dirá de los genios sepultados en vida, y de los oportunistas coronados de áureo estiércol,—nos responde el viejo y esforzado maestro, sereno, sonriente, oprimiéndonos el hombro con su diestra de varón recio y bueno.

Entusiasmados y satisfechos, con tan nobles palabras, abandonamos la acogedora residencia del artista, pensando que, a despecho de todo derrotismo, la hora de la justicia se hará presente para los músicos chilenos, y "será exaltado el que humillado, y humillado el que exaltado".—S.

## WHADY BARRIENTOS

Súbitamente, hace apenas algunas horas, mientras preparábamos el primer número de "Al-Andalus", cayó fulminado por un ataque mortal, el destacado poeta chileno Whady Barrientos.

Murió a la edad de 28 años, en pleno vigor físico, mientras daba los toques finales a su libro de poemas "Cuando la nieve es roja". En él había puesto la más grande aspiración de su vida, todo el énfasis de un temperamento ardiente y creador.

La muerte repentina de Whady Barrientos, enluta a toda la poesía joven de Chile, y el

hogar del destacado dirigente de la colectividad árabe residente, señor Antonio Sellán, de quien era cuñado.

Como homenaje a su vivo talento literario, reproducimos, con alegría y con dolor, uno de sus poemas inéditos, que él nos rogó publicáramos en esta revista. "Al-Andalus" cumple con honor este mandato y recuerda al escritor desaparecido.

En este poema, Whady evoca la memoria de Pedro Scarpa, notable grabador porteño, muerto también, como él en plena juventud.



### Nocturno del volantín

Yo sé que todo esto que pasa,  
que se retuerce y gime en el sepulcro exhausto de la noche,  
que se azota y aúlla entre el patio y la luna,  
como un látigo torpe que se mueve en el aire,  
—el viento rojo y áspero,  
las rodillas quebradas entre los árboles,  
las luces baratas de los astros  
y los sapos cantando un velorio monótono  
no son sino  
el resollar de tus pulmones bajo tierra,  
el estruendo espantoso que hacen tus zapatos  
pateando un ataúd de leña siniestra.  
Tus escupitajos violentos a las moscas ceñidas a tus vísceras  
El roer incesante de los buhos subterráneos  
que te arañan el encéfalo y los huesos  
y la médula esotérica de las lágrimas.



Porque debes estar gritando bajo tierra como un centauro herido buscando tu juventud perdida.

Debes estar golpeando a Dios en todos los rincones y sacando a flote a puñetazos tu cabeza sonámbula de entre moscas putrefactas, pústulas y cirios viejos para mostrar tu cara de animal utópico deshecha en hondas raíces minerales.

Hay una voz de profeta ahorcado en mi garganta diciéndome que tu cielo vive sólo para los relámpagos.  
Y si es verdad esta noche  
este volantín acerbo lleno de faros locos  
y los gatos amándose a grandes gritos venenosos en el tejado  
(de tu casa)

Dónde están Pedro, tus sonoros ojos repletos de luciérnagas?  
Dónde tus pantalones verdes manchados con pintura?  
Dónde, tus geniales brochazos en las murallas?  
Dónde, tus novias trémulas, hermosas?  
Dónde tus sueños roncros con olores a cerveza celeste?  
En qué horizonte de sollozos sostienen a tu hija?  
Dónde andan vagando tus fornidos espectros?  
En qué agua vital crea tu brazo ahora?

Tú no puedes detenerte como un muerto cualquiera.  
Eres el universo lleno de peces frescos y mares verticales.  
Tu vitamina pura anda suelta entre las larvas.  
Por eso de repente caen frutos de las vides  
Llueven pabellones rotos de los mástiles astrales  
y lloran mujeres tibias fecundadas en los sepulcros  
y rondan los murciélagos debajo de las mesas  
y los borrachos saben encontrar su camino  
y anda corriendo en la noche  
loco, verde, furioso,  
un volantín de acero con largartos ululantes.

# Ibn Batutta, el viajero infatigable

Cuando se habla en Occidente de los grandes viajeros medievales, es un lugar común referirse a Marco Polo. Maravillosos fueron, ciertamente, sus viajes y sus narraciones. Sin embargo, ha habido un viajero árabe que no sólo no le cede en nada sino que es considerado, por los que le conocen bien, como el mayor entre los grandes curiosos tratamundos. Y, desde luego, es el más popular de los viajeros musulmanes.

Nuestro héroe nació en Tánger, en 1304, comenzando muy joven a dar muestras de su ansia de saber y de aventura. Para empezar, conforme a los usos más en boga en su época, hizo la peregrinación a la Meca, con lo que adquirió la consideración correspondiente a todo "Hach" para el resto de su vida, heredada en cierta medida aún por sus descendientes directos, que ya serían llamados, en este caso, los hijos del Hach Ben Batutta, es decir, los hijos de alguien que, como muestra de su alta religiosidad, hizo la peregrinación a los lugares sagrados del Islam.

En su primera expedición no tuvo suerte, en cuanto a encontrar facilidades. En efecto, Ibn Batutta atravesó el Africa del Norte, desde el Estrecho de Gibraltar hasta la costa egipcia del Mar Rojo, cruzando la inmensidad del Sahara. Pero no halló barco en que pasar las estrechas e hirvientes aguas de aquel mar. Y no teniendo las virtudes taumáturgicas de Moisés, para improvisar un camino seco, atravesó Egipto, entró en el Asia Menor, por la Península de Sinaí, y llegó a la Meca, después de haber visitado Siria y Palestina.

Esta primera expedición, que es suficiente para llenar de recuerdos la vida de tantos millones de musulmanes, no sirvió más que para despertar en Ibn Batutta su verdadera vocación de viajero, geógrafo y narrador. Y así, en el curso de otras dos grandes caminatas, visitó detenidamente Egipto, el Asia Menor y Constantinopla, donde sirvió de acompañante a una Princesa griega, esposa del Sultán Mohamed Uzbék.

Más tarde, recorrió la India y llegó hasta el Extremo Oriente, en una fabulosa expe-

dición que siguió la ruta del Volga, del Khwaewzn, de Bukhara y de Afghanistan, quedando un par de años en Delhi, donde ejerció las funciones de juez. A la sazón se preparaba una embajada a China, por el Gran Mogoí, señor de la India musulmana. Y, como no podía menos, Ibn Batutta intrigó cuanto había que intrigar para ser admitido en ella. El viaje se realizó por Ceylán y Bengala, arribando felizmente al Celeste Imperio, no sin las más pintorescas vicisitudes. Para volver a Arabia, cambió de ruta completamente, dando así pasto a su curiosidad insaciable. El retorno fué, efectivamente, por Sumatra, visitando luego Persia, Siria y Mesopotamia. Al cumplir sus 35 años de edad Ibn Batutta realizó su cuarta peregrinación a la Meca, sin temor alguno a las duras penalidades de la piadosa y sacrificada expedición.

Retornado a su patria chica —Marruecos— se instaló en Fez, la más bella ciudad del Maghreb, para dedicarse a visitar más tarde el Occidente árabe, desde los confines del Sahara hasta los límites extremos de la España musulmana, el "Al-Andalus" tan lleno de gloriosos recuerdos para todo árabe conocedor de su historia. Recorrió varias regiones peninsulares y, en sus excursiones por el Sur de Marruecos, llegó hasta la también fabulosa Tombuctú, volviendo a Fez por los oasis de Agadés y Tawat. Esta fué su última gran expedición, muriendo en el año de 1377, es decir, a la avanzada edad de 73 años, resistencia tanto más admirable cuanto más agitada había sido su extraordinaria vida.

La narración de sus viajes ofrece el más alto interés, si bien es muy de lamentar, para las personas de cierto espíritu crítico, que no siguiera un orden más riguroso en sus descripciones y, sobre todo, que no se hubiera decidido a recopilar sus recuerdos a medida que iba realizando tan portentosos viajes. Ibn Batutta, en efecto, no empezó a dictar sus recuerdos hasta 1354, advirtiéndose en ocasiones que la memoria le traicionaba... Pero esto no tiene remedio, y no amengua en un ápice su justa fama de insuperable viajero, de avisado geógrafo y de aventurero audaz.



ILUSTRACION DE LUKO

## EL HOLANDES VOLADOR

### CUENTO DE ERNESTO SILVA ROMAN

Sobre la ancha y espléndida bahía, un navío de exiguo tonelaje lucha bravamente en contra de la corriente del golfo; pero, a pesar de sus esfuerzos, la baja marea lo desplaza sensiblemente hacia el océano.

La atmósfera, diáfana y luminosa, permite observar desde tierra los detalles de la faena. En el bote del "Chay", dos pescadores que regresan de Puerto Montt estiban rápidamente numerosos paquetes, sacos, pequeños barriles y cajones de todos tamaños.

—Nunca vi tanto movimiento en esta caleta del Demonio —dijo el marsellés dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Los gruesos vasos de vidrio bailaron y la botella de ginebra Bols estuvo a punto de volcarse:

—Son mercaderías para los lavaderos de oro del otro lado

del pantano—repuso tímidamente el chilote Manuel.

—¡Los malditos!—vociferó el marsellés vaciando de un golpe su vaso lleno hasta los bordes del claro líquido abrasador.

Después los bebedores guardaron silencio. El Marsellés se reconcentró en sí mismo. Se le presentía borracho. Sus acompañantes, el chilote Manuel y el cuyano Balladares, lo miraron de reojo. Ellos sabían muy bien que nunca serían amigos de ese hombre grande y silencioso, que nadie sabía de dónde venía y que, instalado en esa lejana caleta abandonada, llevaba una existencia extraña y misteriosa. Tenía una edad indefinida. Tal vez cincuenta años. Pero era recio y fuerte como un mocetón. Vivía en esa casa, que más bien parecía una fortaleza, acompañado por una jovencita encantadora. Y era

poseedor de una inmensa fortuna. Su casa siempre estaba abierta a los pescadores, y a los marinos, y en ella se bebía a destajo todos los licores que produce el planeta. Sin embargo, a pesar de la generosidad, sin límites, del Marsellés, los hombres y las mujeres rehuían su amistad. Las ancianas se persignaban cuando lo veían pasar y los niños lo llamaban "El Malo".

Muchas leyendas corrían de boca en boca con relación a la llegada del Marsellés a Cañamapu. Unos decían era el último sobreviviente de un gran barco que naufragó por esos días en pleno océano Pacífico. Otros aseguraban era un fugado de las guayanas. Be cierto es que el Marsellés apareció en esa caleta una noche lúgubre, después de un temporal pavoroso. ¿Qué barco lo traía.

portó? Nunca nadie lo supo. Algunos marineros llegaron a pensar que luego de haber desembarcado a la pequeñuela y a su valioso equipaje, estrelló deliberadamente la embarcación en los altos acantilados que se extienden al sur de Carelmapu. Pero nunca se encontraron restos de esa embarcación fabulosa. Los primeros pescadores que salieron de sus casas aquella madrugada quedaron sorprendidos al ver a un hombre inmenso que avanzaba hacia ellos con una dulce criatura en sus brazos.

El Marsellés los dominó desde el primer momento. Hizo arreglar la mejor casa del pueblo y allí se instaló con humos y ademanes de gran señor. Ciertamente es que pagó espléndidamente y que hizo lo posible por conquistarse el respeto y el afecto de todos. Pero el hecho verdadero fué que al cabo de pocas horas era el dueño absoluto de todo.

Los habitantes de la caleta aceptaron, sin asombrarse y sin protestas, un vasallaje que en el fondo, les convenía.

En pocos días el Marsellés demostró tener un carácter duro y terrible. Blasfemaba constantemente y bebía licores fuertes como si fuese víctima de una sed infernal. Los días de tormenta se ponía frenético. Amenazaba al cielo con sus puños. A veces, en las noches borrascosas salía a navegar por el Canal ante el asombro y el terror de los pescadores que no concebían semejantes audacias y un desprecio tan temerario por la existencia.

El Canal de Chacao se ensancha frente a Carelmapu como un brazo de mar y, cuando se enfurece, sobrepasa, en su indómita fiereza, al propio océano. Se suma a sus grandes ventarrones y a la agitación incommensurable de sus olas la corriente que desagua al inmenso Golfo de Reloncavi, lo que contribuye a desorientar a los mejores marinos y a poner a prueba la resistencia de las naves más marineras.

Lo curioso fué no obstante, que nunca en estas atrevidas excursiones sufrió el menor percance. Parecía que algo sobrenatural lo protegía y lo amparaba.

Al principio algunos pescadores trataron de seguirlo. Ellos suponían que el Marsellés iba, en esas ocasiones, a recoger al-

go del tesoro que tenía oculto en alguna parte de la costa; pero, jamás pudieron alcanzarlo en sus asombrosas correrías por el mar.

Con el tiempo, los pescadores se acostumbraron a soportar al Marsellés. La niña creció y fué la buena Hada Madrina de aquellos humildes hogares. Tenía por ese entonces 17 años y correteaba todo el día por las playas y por los montes cercanos. Poseía varios caballos de media sangre traídos del norte, con los que hacía largas excursiones a Dadi, Abtao y Maulín. También tenía un cáter de elegantes y estilizadas líneas con el que recorría el Canal, visitaba las islas y, a veces, cuando el tiempo era propicio, se adentraba hasta más allá del horizonte en el océano Pacífico.

Por su parte, el Marsellés se había hecho edificar una casa como jamás nunca la vieron o soñaran los habitantes de la región. Allí vivía con Tesba y su única entretención, fuera de sus locos y agitados viajes, era beber botellas y botellas de ginebra Blos, que se hacía traer por grandes partidas, desde Magallanes.

" "

Entre cuatro pescadores traían desde el desembarcadero un cajón de proporciones desusadas. Los bebedores se regocijaban contemplando los esfuerzos de los pescadores para sostener en el aire un fardo que no estaban acostumbrados a manejar. El "Chay" dirigía la maniobra con desordenadas actitudes. Por fin, tras muchas dificultades, llegaron con la caja frente a la veranda:

—¿Para quién es ese cajón?  
—les interrogó con voz de trueno el dueño de casa.

—Es para la señorita Tesba— le respondió el "Chay", mientras evitaba que el cajón sufriera el menor choque.

—Yo no he autorizado a Tesba para que encargue nada al norte. Pónganlo aquí mismo y ábralo; pero, antes vengán a beber unas copas conmigo.

Los cinco hombres subieron pesadamente la ancha escalinata y aceptaron, con placer, los vasos que les sirviera Balladas.

El cajón fué abierto después de romper una serie de franjas metálicas. En medio de una gran cantidad de papel y virutas apareció un bulto primorosamente envuelto en telas impermeables.

De pronto el Marsellés lanzó un grito tremebundo que hizo temblar a los pescadores. En medio de sus envoltorios se veía la delicada imagen de la virgen de las Mercedes.

El Marsellés corrió hacia el interior y regresó armado de una hacha de abordaje:

—Atrás todos—rugió. Pero en el mismo instante en que se disponía a descargar el primer golpe sobre la imagen sagrada, Tesba se precipitó con los brazos abiertos hacia el dueño de casa:

—¿Qué vas a hacer, papá, por Dios?—gritó aterrada.

El Marsellés se detuvo en el último instante. Arrojó lejos el hacha, se bebió un largo trago de ginebra y se alejó hacia el embarcadero.

Tesba había caído de rodillas y reclinada frente a la imagen rezaba en voz alta fervorosa y apasionadamente. Los hombres, impresionados por la violenta escena, se habían reunido en un extremo de la veranda. Una vez que Tesba cesó de rezar la ayudaron a llevar la imagen a su dormitorio.

El Marsellés preparó el cáter y se hizo a la mar. Estuvo un mes navegando por las costas vecinas. Lo vieron borracho en Maulín, en Ancud y en Calbuco. Finalmente se refugió en la casa de Balladares y allí siguió bebiendo. Una tarde, Tesba lo fué a buscar. Se había puesto un vestido blanco y llevaba en la cintura un lazo celeste.

Cuando al Marsellés la vio con aquel vestido se enfureció. Tuvieron que sujetarlo a viva fuerza para que no se lo despedazara. Después cayó en un sopor comatoso que lo llevó a una melancólica indiferencia que a todos los hizo pensar en su muerte.

Tesba lo llevó a su casa y lo cuidó con solicitudes de madre. Pero, por más esfuerzos que hizo, no pudo sacar al Marsellés de su penoso ensimismamiento.

Una noche de pleno invierno en que el huracán rugía a lo largo del Canal, el Marsellés despertó bruscamente de su letargo. Se levantó, sin hacer ca-

so a las recomendaciones de Tesba y salió al exterior. Su excitación conmovía a la niña. El Marsellés era otro hombre. Había envejecido veinte años. Su arrogancia y su desdén eran cosa antigua. Ahora estaba convertido en un anciano de crepito. Parecía que el mundo se había derrumbado sobre sus anchos hombros.

Tesba le acompañaba constantemente sin lograr reanimarlo. En el fondo la muchacha sentía por él un profundo cariño. Tenía la seguridad de que el Marsellés no era su padre. En sus recuerdos infantiles veía, a veces, la dulce cara de una mujer hermosísima junto a un hombre moreno, distinguido, elegante, que identificaba como sus padres. Al menos a ella le complacía pensarlo así. En algunas ocasiones el recuerdo se precisaba; pero entonces ocurría lo trágico y tremendo de sus sueños. Las imágenes se entrelazaban en un malstron de pesadilla, y todo se confundía en medio de unas olas enormes que terminaban por anonadarla. Después veía muchas caras, hasta que, por fin, todos los semblantes se concretaban en la faz adusta y dura del Marsellés.

Aquella noche el cielo parecía desprenderse a pedazos sobre la bahía. El viento aullaba desesperadamente. La obscuridad era completa.

Un vivísimo resplandor iluminó el Canal. El Marsellés se puso de pie de un salto:

—Ya vienen—murmuró.

Tesba se acercó a él y vio que temblaba. Le colocó una manta sobre sus hombros y le preguntó suavemente:

—¿Quiénes vienen?...

—“Ellos”—barbotó el Marsellés. “Ellos”... Vienen a buscarte. Tendré que reiniciar otra vez el viaje pavoroso. Tendré que abandonarte para siempre.

Un trueno largo y arrastrado se dejó oír. Un rayo zigzagueó en el horizonte negro:

—Si, si... Ya voy...

El Marsellés se dirigía a grandes voces a unos seres invisibles que Tesba trataba inútilmente de descubrir en medio de las ráfagas silbantes de la tempestad.

De pronto se dió cuenta de su abandono. Todo aquello era extraño y alucinante; pero, si el Marsellés se iba en medio de su locura, o si moría, ella que

daría sola. Sola en ese alejado rincón del continente. Esta idea la hizo gemir de dolor:

—No, papá, no te vayas. No me abandones. Eres lo único que tengo en este mundo. ¿Qué será de mí si te vas?

Se abrazó con toda su desesperación a su cuerpo flácido y tembloroso.

El Marsellés la miró con una extraña seriedad en su rostro. Hizo un esfuerzo supremo y se serenó:

—Hija, no creas que estoy loco. Debo irme. La misión que me encomendaron termina esta noche. Yo tenía que acompañarte hasta que fueras mujer. Mañana cumples 18 años. Ahora ya no me necesitas. En cambio, ¡“Ellos” precisan de mis servicios. Yo soy timonel... ¿Sabes?... Ahí, en el escritorio están todos tus papeles. Tienes mucho dinero colocado en varios bancos de la tierra. No tienes más que firmar cheques y te darán todo el dinero que quieras... ¿Cheques? Qué curioso es este mundo de hoy.

Por fin, Tesba se atrevió a interrogarlo:

—¿Quiénes son “Ellos”, papá?...

—¿“Ellos”?... No. No podría decírtelo. Si yo hablara quedarías con el alma envenenada hasta el día de tu muerte.

—No, papá. Yo soy una muchacha valiente. Al lado tuyo he aprendido a no tener miedo. Quiero saber tu secreto. ¿Cómo sabes si yo puedo ayudarte?

—¿Y qué podrías hacer tu, pobre niña mía? Nada. Nadie puede hacer nada. La Maldición nos acosará siempre. Siempre... Pero, tú quieres saber, ¿no es cierto? Pues, te complaceré. Escucha. Hace cientos y cientos de años, allá por 1238, un caballero holandés, que amaba al mar por sobre todas las cosas, trató de construir barcos que desafiaran a los vientos y que sojuzgaran a las grandes olas del mar. Fracasó varias veces en su empeño; pero, el hombre era terco y siguió adelante. Un día estaba construyendo un nuevo navio cuando le vinieron a decir que su anciana madre había caído a un subterráneo del castillo y se había roto la espina dorsal. Los servidores del señor conde no se atrevían a tocarla y la madre llamaba a gritos a su único hijo. En esos momentos el noble señor trataba de echar al

agua a un nuevo barco. El accidente de su madre lo irritó de tal manera que prorrumpió en viles blasfemias:

—Dejen a esa vieja entrometida que se pudra en la mazmorra en que cayó y ustedes vengan a ayudarme a echar al agua este hermoso bajel.

El barco fué lanzado al agua y se hundió a los pocos minutos. Entonces, en el paroxismo de su furor, el holandés invocó a Satanás y le ofreció su alma a cambio de un barco que navegara por los siglos de los siglos por sobre todos los mares del mundo.

El Maldito oyó su invocación y le ofreció un barco extraordinario. Un barco que, a pesar de estar navegando desde hace siete siglos, seguirá a flote por toda la eternidad.

La anciana madre del holandés murió; pero, antes de expirar le dijo:

—Volarás por sobre los mares embravecidos y sólo el odio y el horror serán tus compañeros.

Desde entonces existe en el mundo el barco del Holandés Volador. Todos sus tripulantes tenemos siglos de existencia y no moriremos hasta que el Altísimo se apiade de nosotros.

Tres hombres de barbas hirsutas estaban parados junto a la puerta del jardín. El Marsellés los vio y separó de su pecho a Tesba:

—Adiós, hija mía, y ten piedad de todos nosotros.

Los desconocidos lo acogieron con evidentes muestras de alegría.

A lo lejos se oía, a través del viento huracanado, una canción marinera.

Tesba corrió hacia el embarcadero:

—Papá... Papá... Llévame contigo.

Cayó junto a la playa. Cuando se puso de pie vio que una lancha conducía al Marsellés a bordo de un barco que, al palear, resistía los furiosos embates de la tormenta.

Tesba, con los ojos extremadamente abiertos, contempló la llegada del Marsellés al barco fantasma. Y, en el puente de mando, alcanzó a ver la silueta del “Holandés Volador”...

# Palabras ante la tumba de un poeta \*

P O R

CARLOS DE ROKHA

"Los elegidos de los dioses mueren jóvenes". Este pensamiento del gran iniciador del romanticismo alemán, este trágico aforismo de Hoelderlin se pone, una vez más, en dolorosa e inminente evidencia. En quién no pensar cuando se lee esta frase? Recordemos a Chatterton, a Byron, a Shelley a Rimbaud. Recordemos al mismo Hoelderlin que se adelantó a su dramático destino con estas palabras proféticas, que inscribieron su nombre con resplandor sangriento en los muros de la eternidad.

Parece que al robar el fuego divino estos hijos de Prometeo deben pagar con su propia sangre la conquista de un destino trascendente! Así, también, cayó este camarada de armas al que hemos venido a dejar para que inicie la ruta que él vislumbró en alguno de sus magníficos y hondos himnos:

"Era el tiempo que también vosotros conocéis.

Con turnos de hornos rojos entre vidrios (polvorientos

tragando la muerte niña  
la muerte joven  
la muerte vieja  
en páredes con arañas tenebrosas . . ."

Ha sido, en efecto, "la muerte joven" la que lo ha enviado a esas "ondas más precisas de la tierra" que nuestro camarada ahora tan lejano, y a la vez, tan cerca de todos nosotros, señaló en su vigoroso poema: "Mensaje de los muertos de Silicosis". Whady está ahora presente entre nosotros. Sí, está presente porque supo mirar al porvenir, porque rechazó toda entrega, todo derrotismo de su espíritu creador.

En este momento en que nuestro país atraviesa por una de las etapas más sombrías de su historia, Whady supo ponerse al lado del camino por donde deberá nacer la luz. Hombre de su época en su doctrina estética y en su ideario político, no quiso encerrarse en la frágil torre de marfil y de humo de los artistas de la decadencia burguesa y marchó con los militantes de las nuevas ideas que hoy agitan y conmueven al mundo. Por eso es doblemente dolorosa su pérdida. Nues-

tra poesía joven pierde un valor innegable, una voz casi madura, que habría podido dar mensajes más totales al arte contemporáneo. El pueblo de Chile pierde a un luchador tenaz, a un militante sincero, a un guerrillero valiente y decidido, que desde su puesto de combate, se puso al servicio de las reivindicaciones gremiales de los artistas y escritores. Sus ideas filosóficas, sociales y políticas estaban unidas a sus ideas estéticas. Sin embargo (y quiero señalar esto especialmente) nunca cayó en el arte fácil o demasiado directo de los que pretenden que un arte comprensible para el pueblo sólo puede partir de una medianía creadora o de un realismo a todas luces dudoso, de un realismo que casi siempre es academia, ya que nunca clasicismo. Sus ideas sobre estos problemas eran claras y precisas. "Hacer, me dijo en cierta ocasión, un arte de academia con el único e interesado fin de que pueda alcanzar a todo tipo de espectador, es traicionar el arte, la revolución y a ese mismo pueblo al que se pretende halagar con un arte fácil, es decir, con una poesía de índole burguesa por su forma y su contenido, aunque a este último se le pretenda disfrazar con las consignas de la lucha partidaria. Yo quiero destacar estas ideas de Whady, que creo, son las de todos nosotros.

Cuando se leen sus poemas sentimos palpitar en ellos la fe de un revolucionario a la vez que la pasión creadora de un artista de auténtico valor.

Al principio de estas palabras recordé un aforismo de Hoelderlin: "Los elegidos de los dioses mueren jóvenes". No lo hice por una simple manía de citar, sino porque me parece (y más adelante insistiré sobre esta idea) que el célebre autor de "El Archipiélago" preparó con su poesía desconcertante para su siglo este advenimiento de una nueva sensibilidad que tuvo en Whady una resonancia nacida del perfil de nuestra época. Y, además, porque en plena juventud creadora, cuando esperábamos tanto de ellos,ayeron aquí, entre nosotros, frente a nuestro impotente dolor, poetas como Gustavo

Osorio, Jaime Rayo, Omar Cáceres y tantos otros...

Ahora les sigue en su ruta sombría nuestro amigo y camarada Whady Barrientos. No lo dejamos solo en este recinto de las sombras, en este estadio de los sueños degollados, acuchillados, sin cabeza, errantes sobre un mar de silencio. No! A su lado verá surgir las cabezas desorbitadas y aullantes de sus camaradas de infinito. No dejamos solo a Whady en este reino de la soledad. Le acompañamos todos los que junto a él soñamos con un mundo mejor donde la verdadera paz no sea una palabra vacía, ni un convenio de los monopolios imperialistas.

Le acompañaremos mañana cuando tengamos que pagar un tributo con nuestra propia sangre por haber hecho revivir a Prometeo el desterrado, en nuestros cantos. Y él ha de levantarse de estos patios y muros desolados cuando la hora de la rebelión nos haga empuñar los fusiles y alzar las banderas. Entonces creo yo que encontraremos a Whady en nuestra ruta. Porque los hombres como éste que hoy amortajamos con paladas de seca tierra no mueren, en verdad, amigos míos, camaradas. Ellos inician un viaje: nada más; toman el pasaje primero que nosotros: eso es todo. Porque su ser, su voz, su aliento creador queda en los himnos que forjaron, en los cánticos que tallaron con el pulso de su sangre despierta y en dolorosa vigilia. Queda lo más puro de ellos: acaso la única y verdadera personalidad, la que nunca se extingue si su mensaje era verdadero, si su voz expresó todo el dolor y la angustia de la vida. En realidad no hemos venido a decir adiós a Whady: le gritamos que nos espere, que su soledad es tan profunda como la nuestra, que su muerte es sólo un rico abono para la gestación del porvenir.

Quienes amordazaron la verdad y la belleza, quienes fueron verdugos del pueblo, quienes gritaron: "¡Muera la inteligencia!" esos sufren una muerte inmediata, temporal, una muerte vacía como sus propias vidas. En cambio, existe la muerte que es como la misma eternidad, recompensa de una vida pura y heroica. Así ha sido la muerte de nuestro camarada. Lo dejamos aquí, pero en vez de una cruz, clavamos una bandera que agita en sus pliegues la insignia del futuro.

En el pasado muchos artistas abonaron esta revolución estética y social de nuestro tiempo. Si hoy podemos cantar con una voz nueva, si podemos pensar con una mentali-

dad libre de los límites convencionales es porque otros héroes entregaron sus vidas a un océano infinito y devorador. Hoelderlin preparó este tiempo, se adelantó a su gestación espiritual. Rimbaud lo intuyó certamente en sus abismales estructuras poéticas. En su Carta del Vidente escribió: "Yo digo que es preciso ser vidente, hacerse vidente. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos sus sentidos. Inefable tortura para la cual necesita de toda su fe, de toda su fuerza sobrehumana y en la que llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal y el supremo Sabio! Porque él llega a lo desconocido. Llega a lo desconocido y después de haber perdido la inteligencia de sus visiones, las ha visto! Que reviente en su entusiasmo por las cosas inauditas e inombrables! Vendrán otros horribles trabajadores, seguirán por los horizontes en donde el otro se ha desplomado".

Por eso es que yo digo que nosotros seguiremos a Whady en esta ruta que él continúa y digo que seguiremos esta ruta con la misma certeza de su espíritu: de no haber traicionado el arte, a la poesía, de no haber olvidado nuestras tareas y labores al lado del pueblo, de no haber negado la estructura dinámica de nuestro tiempo y su sentido revolucionario e insurgente.

Whady nos ha dejado un libro de poemas. Esta es la mejor herencia de su sensibilidad creadora, de su rica y viva intuición. Entre nosotros palpita su voz y el hondo contenido de su poética nos azota como un viento nuevo.

Yo conocí mucho a este alegre camarada que hoy baja a la tierra. Lo encontré muchas veces en mis viajes al puerto. Junto a los marineros y a los hombres del pueblo bebíamos cerveza y vino y leíamos nuestros poemas. Buen bebedor, buen comedor como sus paisanos de las tierras doradas del sur. Whady (creo yo), no soportaría las lágrimas, ni los sollozos en esta hora de duelo. Pocos momentos antes de morir me había dicho: anda a buscarme dentro de tres días e iremos juntos a comer. Yo cumpliré mi promesa. Iré mañana a buscarlo en el sitio que habíamos acordado y estoy seguro que me estará esperando con su ancha sonrisa y sus manos de rudo trabajador y hombre de su tierra".

\* (Este discurso fúnebre a la memoria del poeta Whady Barrientos, recién fallecido, fue leído por el poeta Carlos de Roha durante sus funerales en el Cementerio General).

# La reeducación de impedidos e incapacitados

Tanto en Inglaterra como en otros países, hay millares de personas todos los años, que oyen decir al médico: "Ya va Ud. mejorando y pronto saldrá del hospital, pero no piense Ud. volver a su trabajo anterior, pues si lo hace caerá enfermo de nuevo".

Esto significa que el paciente es, en términos técnicos, una "persona incapacitada", y, según la legislación inglesa, "en condiciones de inferioridad" para obtener o conservar un empleo. La incapacidad puede proceder de varias causas. El asma puede impedir que un hombre trabaje donde haya polvo; el reumatismo crónico se opone al trabajo en atmósfera húmeda; una lesión en un miembro imposibilita la continuación de ciertos trabajos. En Inglaterra, el incapacitado se ve protegido por el Estado, que asume la responsabilidad de instruirle para otra ocupación.

El primer paso es matricularse en la Oficina de Empleo o Trabajo del Agente de Restablecimiento de Personas Incapacitadas. Quizás pueda el solicitante encontrar inmediatamente un puesto que le convenga, pero es más frecuente que necesite restablecimiento físico e instrucción profesional antes de poder empezar a trabajar de nuevo.

En este caso, se le envía a una de las doce Unidades de Rehabilitación Industrial, abiertas en Inglaterra en los dos últimos años. Y si vive a larga distancia de la Unidad o si se cree que sus circunstancias de carácter doméstico dificultarán el restablecimiento, se le enviará a la Única Unidad con residencia, en Egham (Surrey, Sur de Inglaterra). Allí seguirá un curso de 3 a 12 semanas de duración, con otras 180 personas "incapacitadas". En este curso, como en las demás Unidades, se aspira a restablecer físicamente al incapacitado, a probar sus aptitudes y a encontrar para él un empleo conveniente.

## *Confianza en sí mismos.—*

El robustecimiento físico constituye un proceso bastante simple. El doctor agregado a la Unidad examina al hombre a su llegada y si es necesario, recomienda ejercicios adecuados en el gimnasio, un curso de fisioterapia

en la unidad médica, un poco de trabajo en el jardín, o las tres cosas. Fuera de esto, nadie se ocupará mucho de su estado físico; el incapacitado aprenderá a ocuparse por sí mismo y adquirirá confianza, al ver que puede hacer más de lo que pensaba.

La instrucción y guía profesional es más complicada, como es natural, pues de su éxito depende en gran parte la futura felicidad del incapacitado. Después que el médico ha aconsejado en líneas generales, la clase de trabajo que cree conveniente pasa la persona a los talleres de ensayo, donde se le encomiendan pequeños trabajos, muy a menudo con materiales plásticos, cuero, metal y madera. Los inspectores de los cuatro talleres informan respecto a la habilidad, confianza, concentración, rapidez y grado de adaptación con que ha ejecutado esos trabajos, aunque no haya hecho nada semejante anteriormente.

A continuación se somete al incapacitado a una prueba psicométrica, y el informe, con el de los inspectores, pasa al Oficial de Instrucción Profesional, quien, después de haber examinado esos dos informes, el del médico y cuanto se refiera a la experiencia industrial previa del incapacitado, así como las inclinaciones personales del mismo, propone el tipo de ocupación que juzga más adecuado.

## *Puestos en que la incapacidad no constituye una desventaja.—*

Puede recomendar, por ejemplo, trabajo de precisión. En tal caso, el hombre va a un taller de comprobación, donde hace instrumentos y modelos que pueden mostrar sus aptitudes. Si se hace un informe favorable sobre sus progresos el Oficial de I. Profesional se pone en contacto con la Oficina de Trabajo Correspondiente, para ver si hay vacante que pueda convenir al incapacitado, cerca del domicilio de éste; en caso afirmativo irá primero a un Centro de Instrucción del Gobierno, del que saldrá con los conocimientos necesarios para ganarse la vida en un trabajo en que su incapacidad no constituirá una desventaja.

Se insiste constantemente en que debe buscarse una ocupación adecuada y que ofrezca

(Continúa en pág. 22)

## Francisco Rabelais

— Qué diría el lector común, que mira con espanto el arte moderno, si al retroceder cuatro siglos, se encontrara con el rostro bur-lón y soberbio de Francisco Rabelais, el frai-le prodigioso?

Quienes objetan el arte moderno, aqueja-dos de dispepsia intelectual, quienes le acu-san de incomprendible, harían bien en pedir-le explicaciones a este clásico de fibra popu-lar formidable.

Su influjo en los "Cuentos Droláticos", de Balzac, en James Joyce y en otros grandes contemporáneos es evidente.

Como todo gran escritor, fué, naturalmente, perseguido, y el cuarto libro de "Pantagruel" fué censurado por La Sorbona.

Murió entre 1553 y 1559.

El fragmento que reproducimos correspon-de al libro quinto, capítulo IX de "Gargan-túa y Pantagruel".

## Como descendimos en la Isla de las Herramientas

Luego de habernos guarnecido bien el estómago, tuvimos viento de popa; le-vantamos nuestro velamen y en menos de dos días llegamos a la Isla de las Herramientas.

Era ésta una isla desierta, en la que vimos un gran número de árboles de los que pendían hoces, picos, serruchos, sierras, cinceles, martillos, tijeras, tena-zas, palas, virolas y berbiqués.

De otros pendían dagas, puñales, es-padas cortas, cortaplumas, punzones, cimitarras, estoques, flechas, mando-bles y cuchillos.

Quien quisiera uno de estos objetos no tenía más que sacudir el árbol; pues caían enseguida como ciruelas, y al llegar a la tierra encontraban una es-pecie de yerba que se llamaba vaina y en ella se metían. Cuando caían era preciso tomar precauciones para que no cayeran sobre la cabeza, sobre los pies o sobre otra parte del cuerpo, por-que caían de punta, con gran riesgo de herir a las personas que sacudieran el árbol.

Por debajo de algunos otros árboles, ví ciertas especies de yerbas que crecían como picas, lanzas, jabalinas, alabar-das, partesanas, rejonos y asadores, crecían tanto que envolvían al árbol del que tomaban los hierros y las ho-jas convenientes para cada una de ellas. Los árboles superiores las habían ya dispuesto para cuando a ellas llega-ran en su crecimiento, como vosotras preparais las ropas de los niños quan-do os véis a punto de desocupar.

Además, y con el fin de que ya no apeléis a la opinión de Platón, de Anaxágoras y de Demócrito, que fue-ron unos pequeños filósofos, estos ár-boles parecían ser animales terrestres, no diferentes de las bestias en que no tuviesen cuero, ni grasa, ni carne, ni venas, ni arterias, ni ligamentos, ni nervios, ni cartílagos, ni huesos, ni médulas, ni humores, ni matrices, ni cerebros, ni articulaciones aparentes, porque todo esto tienen, según dedujo

Teofrasto, sino en que tienen la cabe-za, que es el tronco, hacia abajo, los

(Continúa en pág. 22)

# LA ESPOSA INFIEL

Hubo una vez un matrimonio de creyentes, íntimamente unidos entre sí por su amor mutuo. Pero la mujer murió al cabo de algunos años de felicidad perfecta.

En la más profunda aflicción el marido desnudó a la difunta y sepultó su cadáver. Cuando lo hubo depositado en la fosa, sentóse junto a la tumba y permaneció allí noche y día para guardar a su amada, precisamente como si esperara volver a llevarla con vida a su casa.

Hacia cuarenta días que estaba custodiando con inmutable constancia y fidelidad la sepultura de su esposa sin comer ni beber, cuando el nabí Isa pasó por el camino y le preguntó por qué permanecía entre las tumbas.

—¡Ay, amigo mío—respondió el marido—; estoy al lado de la tumba de mi esposa. Nos hemos querido con la mayor ternura, y, ahora, cuando ella se ha ido de mi lado, no puedo apartarme de su cuerpo inanimado. Por lo tanto aunque tenga que pagarlo con la existencia, no quiero alejarme de su sepultura, sino llorar sobre ella mientras conserve vida.

Entonces el nabí Isa le preguntó:

Si resucitara a tu difunta mujer, ¿creerías en mí?

—¡Oh, señor!—dijo el marido lleno de alegría—: si fuera eso posible, creería en ti con toda certeza, porque entonces serías el profeta Isa Almasi, el dotado de gracia y bendito de Dios.

El nabí Isa ordenó entonces al viudo que le señalara la tumba de su esposa. Cuando éste lo hubo hecho, díjole con recia voz al cadáver:

—¡Levántate y vuelve a la vida! ¡Sal de tu sepultura!

Entonces se agrietó de pronto la tie-

(Cuento de la Isla de Java)

rra, y de dentro de ella surgió una grande y negra figura de hombre, que se arrojó al punto a los pies del nabí y confesó su fe en Alá y en su profeta Isa.

Mas el viudo estaba muy espantado de lo que veía, pues el resucitado no tenía nada que ver con su mujer. Díjoselo así al profeta Isa y añadió que debía haberse equivocado al señalar la sepultura. Tras de lo cual le mostró al nabí Isa el sitio verdadero.

El nabí Isa ordenó primero al hombre negro que retornara a la muerte, y cuando esto hubo acontecido, acercose a la tumba y le dijo al cadáver allí yacente:

—¡Levántate y vuelve a la vida! ¡Sal de tu sepultura!

Nuevamente se abrió la tierra; pero esta vez apareció una mujer hermosa sobre toda ponderación.

—¿Es ésta tu mujer?—preguntóle al marido el nabí Isa.

El dijo que sí, y, junto con su esposa, confesó su fe en Dios y en el profeta Isa.

El nabí Isa prosiguió

—Está bien. Perseverad en vuestra fe, pues es el camino de la bienaventuranza. Y volved a vivir tranquilos en unión y amor.

Tras esto, el nabí Isa dejó aquellos lugares y siguió su camino.

Apenas se había marchado el nabí Isa, cuando el felicísimo hombre díjole así a su esposa:

—Querida mía, terminó mi dolor. Vuelves a estar conmigo. Ahora sólo necesito descanso y alimento, porque has de saber que, desde hace cuarenta días, estuve velando y ayunando sobre tu tumba. Por eso querría dormir un poco: vélame tú ahora.

Diciendo esto, apoyó la cabeza en

el regazo de la esposa y durmióse al punto. Era un lugar umbroso.

Aun no había dormido mucho tiempo, cuando por el camino llegó un príncipe a caballo. Era el hijo del rey, que hacía una escapatoria sin su séquito.

Cuando descubrió a la mujer quedó tan asombrado de su hermosura, que cabalgó hacia ella y le preguntó quién era y por qué velaba a su marido en aquel lugar y de aquel modo. La mujer le refirió lo que les había acaecido a ella y a su esposo. El príncipe la escuchó sorprendido pero ni un solo momento podía apartar de ella la mirada.

—¡Mujer!—dijo de pronto—.Eres hermosa, hermosa! Demasiado hermosa eres para ese hombre. ¡Tu puesto está en el palacio del rey! Dime, ¿quieres venir allí conmigo? Serás mi esposa. quiero hacerte feliz, pues soy el hijo del rey y heredero del trono.

Estas palabras halagaron a la mujer, que accedió a los deseos del príncipe. Hizo que resbalara suavemente de su regazo la cabeza de su marido y montó en la grupa del caballo del príncipe para dirigirse a palacio. Aun no había partido, cuando despertó el esposo. Al ver que su mujer era raptada por un caballero, corrió rápidamente tras ellos, y bien pronto los hubo alcanzado, agarró las riendas del caballo y díjole al caballero:

—¿Quién eres? ¿Por qué osas arrebatar a mi esposa, que el milagroso poder del nabí Isa acaba de devolverme de la muerte?

También él le refirió con todo detalle, desde el principio hasta el fin, la historia de su esposa.

Respondióle el príncipe:

—Amiguito, fíjate en esto: yo soy el hijo del rey, y la mujer que va detrás de mí, en el anca del caballo, no es tu esposa, sino mi sierva.

La desagradecida mujer confirmó

las palabras del príncipe, y aconsejó a su marido que buscara otra mujer. De nada le sirvió al ofendido marido recriminar a su esposa y recordarle las palabras que el nabí Isa les había dicho por despedida. La mujer se aferró a que ella no era su esposa, sino la sierva del príncipe, y que con aquél se iba.

El hombre no sabía qué hacer. Entonces, de repente, vió venir al nabí Isa. Corrió a su encuentro y le refirió su desgracia.

El nabí Isa no le respondió; se dirigió hacia la mujer, y le preguntó por qué había abandonado a su marido para irse con otro hombre.

Y de nuevo afirmó ella que era la sierva del príncipe y que jamás había estado casada con aquel hombre ni en modo alguno pensaba en casarse con él, y que jamás lo había visto.

Entonces dió el nabí Isa:

—¡Mujer! Ya que así reniegas de mí, te quito la vida que te había regalado antes. ¡Vuelve al sueño de la muerte!

Y la mujer rindió, al momento, su espíritu.

Temor y espanto se apoderaron del príncipe, que se alejó de allí en silencio.

El nabí Isa díjole al marido, que acababa de perder ahora a su mujer para siempre:

—El hombre negro había muerto en la impiedad. La gracia de Alá lo despertó del sueño de la muerte y murió en la fe verdadera. Mas tu mujer, que antes había muerto en la debida fe, ha encontrado ahora la muerte por su impiedad.

—Tienes razón, señor— respondió el marido—, y así te juro aquí solemnemente que nunca más volveré a buscar mujer.

Y se dirigió a la cima de una montaña para pasar allá el resto de su vida como ermitaño.

---

**COMO DESCENDIMOS EN LA ISLA DE LAS HERRAMIENTAS**


---

cabellos, que son las raíces, en la tierra, y los pies, que son las ramas, en el aire, como un hombre que da volteretas.

Y del mismo modo que vosotros, galicosos, oléis de lejos y sentís por vuestras piernas atacadas de ciática y por vuestros omóplatos venir la lluvia, los vientos, la calma y todos los cambios del tiempo, estos árboles por sus raíces sus gomas y sus médulas presienten también qué clase de pelo crece debajo de ellos para prepararles los hierros y las hojas apropiados.

Cierto es que en todas las cosas, excepto Dios, hay algunas veces errores. La misma Naturaleza no está exenta de ello cuando produce cosas monstruosas y animales de<sup>f</sup>ormes. Yo noté del mismo modo en estos árbo-

les algunos defectos: una media pica que crecía altamente en el aire bajo estos árboles porta-herramientas, al tocar las ramas, en vez de hierro encontraba una escoba; acaso fuera para barrer la chimenea. Una artesana encontró tijeras; todo es bueno; serviría para podar los chaparros del jardín. Un asta de alabarda encontraba el hierro de una hoz y así parecía hermafrodita; todo es lo mismo; serviría para algún segador. ¡Qué bella cosa es creer en Dios!

Al volver a nuestros navíos vi detrás de una arboleda no sé qué gentes que hacían no sé qué, yo no sé cómo, aguzando no sé qué hierros que sacaron no sé de dónde, no sé de qué manera.

---

**LA REEDUCACION DE IMPEDIDOS E INCAPACITADOS**


---

posibilidades. Por ejemplo a un conductor de autobús, con gastritis crónica e inquietud nerviosa, se le dice que no puede conducir más.

Cómo ha de ganarse la vida? El no lo sabe, y su preocupación por el futuro agrava su neurosis. En Egham, los ensayos revelan cierta habilidad latente para trabajos de carpintería, y, después de un curso de instrucción, la firma en que trabajaba le puede admitir en el taller de construcción de vehículos.

No se ajustan con tanta sencillez los 10 mil casos que pasan anualmente por las Unidades de Rehabilitación Industrial del Ministerio de Trabajo de Inglaterra. Algunas veces la neurosis es tan aguda que el paciente ha de ir a otro centro para recibir tratamiento psiquiátrico, o existe un conflicto doméstico al que deberá atender el agente social agregado a la Unidad. Y hay casos muy serios, en que los cursos de rehabilitación no pueden hacer del incapacitado un trabajador compe-

te pero los fracasos son poco numerosos.

La rehabilitación industrial no está limitada a las unidades oficiales del Gobierno, sino que hay firmas particulares que tienen sus unidades propias, donde se trata a los pacientes por medio de ocupaciones adecuadas y de ejercicios convenientes; pero éstas sólo abrazan los oficios del trabajo que se hace en sus talleres.

Los hombres que están en las Unidades de Rehabilitación del Ministerio del Trabajo reciben pensiones de subsistencias, las que, sumadas al coste de administración de las Unidades, representan una importante inversión del capital nacional. Egham ha estado funcionando durante 5 años; todas las demás Unidades, menos de 16 meses. Pero su éxito demuestra que las ventajas obtenidas en mayor producción, por trabajadores más sanos, contentos y eficientes, compensan el gasto hecho.

WENDI HALL.

## POEMAS DE MAHFUD MASSIS

## AHORA QUE TE LLAMO AGATA

A BRE. Este es el hueco donde el amor se pudre.  
Estoy mucho más triste, ahora que te llamo Agata,  
He pensado esta noche cómo surgirá a tus pies el esparto  
y pueden algún día las máquinas textiles  
hacerte lino suave.

Cada mujer que pase podrá, tal vez llevarte,  
y yo sin saludarte, y yo sin conocerte.

He pensado también en las negras bestias del cementerio;  
dicen que hay culebras que viven con leche de muertas,  
que abren secretos postigos y duermen hondamente,  
como caballeros grises.

Duermen sobre los vientres de niñas sin corola,  
gimen apasionadamente.

Yo guardaré las llaves para entrar en la noche;  
pero al mirar tus huesos, como el esbozo de un escultor cansado,  
o en trance de simiente más bien hacia la vida,  
pensaré que te he llamado corza de lino azul, perfumadora.

Mas, ¡ay!, los pájaros del cielo harán ronda de espacios  
para no sentirte.

Estoy mucho más triste, ahora que te llamo Agata.



## BUSQUEDA DEL PRINCIPE DEGOLLADO

BUSCAD mi corazón  
en la hostería de los príncipes muertos.  
En mis nervios se nutre un canto de leopardos  
y hay un delfín dormido  
al pie de las clemátides.  
Pero decidme, ¿dónde está el príncipe comido por las lianas,  
su blanco pantalón de lino, su puro  
rocío devorado?

Yo sospecho del conde con los ojos de distinto color,  
del centurión helado, y los peces que de noche alimentaba  
la amortajada del pozo.

Buscad en qué cisterna en qué podrido acuario,  
como una flor de lámpara alejada en la vida  
oscila, vaga y mece su cuello degollado!

¿Qué viento de laceria por los álamos brama,  
quién llora por el príncipe decídmelo, quién llora?

En sus cuencas hay espacio y caben  
la sombra, el cielo, el lobo y la abubilla  
Su esqueleto se pudre en un nicho de plomo, amparadle.

Yo no podría, mis manos están ocupadas en el sueño,  
y el dulce Galip está lavando los viejos puñales.  
Los que pasáis por este nicho, golpead la puerta,  
soy el príncipe ilota.



Dibujo del destacado pintor chileno Julio Escámez.

## COMENTARIO DE ANTAR

## CORTEJO Y EPINICIO

por DAVID ROSENMANN TAUB

Bajo este título, que lleva en sí el más pernicioso virus retórico, se esconde un poeta de accidentales atisbos, a ratos verdadero. *Se esconde*, decimos, cuando sacamos a luz el inventario de sus características negativas, que invaden, visiblemente, un área tan evolucionada como la poesía moderna, donde la simulación se hace difícil.

Naturalmente, para los ojillos de tope de la crítica advenediza, pasará inadvertido el procedimiento retórico-efectista de un poeta, cuya técnica está sin dilucidar, y que en contados instantes logra ejercer su espontaneidad sobre el conjunto expresivo, todavía demasiado vacilante.

Quien conozca sus escritos anteriores, invadidos de un verbalismo sin sacudidas, comprende la situación de emergencia de su tránsito a una poética distinta, casi opositora, y se explica entonces la falta de madurez de este libro, que ha encandilado a algunos ingenuos.

Surge, a primera vista, una preocupación enfermiza, no por el lenguaje, sino por el idioma, premisas que, bajo ciertas circunstancias pueden constituirse en antípodas; mientras el segundo es el mastincillo que cuida la gramática y la real academia, y los miserables fueros del profesor de castellano, el segundo desenvuelve su rol funcional, que es, en postrera instancia, la levadura de toda creación artística. Esta deplorable actitud es, indudablemente, herencia de algunos maestrillos pseudo-españoles cuya influencia es fatal para el "continente estúpido", que dijo el fraternal Baroja.

La forma de este escritor, tan inestable, y el juego infantil de ciertos vocablos y lamentables repeticiones, han sido tomados, por algunos críticos de cuatro cuartos, como una ventaja emanada de sus conocimientos musicales. Esto es idiota. Ningún arte necesita de otro, y quien intente juntarlos todos, no aspirará probablemente ninguno. Si el mismo Wagner casi se queda en la estacada, será lícito dudar que lo consiga David Rosenmann, siempre que sea verdad que este poeta piense en forma tan peregrina.

Nosotros queremos que David Rosenmann se supere, y por eso no nos unimos al coro de las grullas. Le hablamos como personas quizá envejecidas prematuramente en la te-

rrible disciplina del arte, no como padre a hijo, sino como viandante que ha visto y experimentado.

Toda poesía españolizante, (germanizante, lo que fuere), en América, constituye una traición al hombre americano y al arte mismo, porque el arte no se trasplanta, como ciertos arbustos exóticos. El arte se entrega como expresión esencial, intransferible, personalísima, cuya substancia la dan el hombre y el medio social. Rosenmann traiciona su medio social y su época, y el lenguaje es hijo legítimo de ellos. ¿Es posible escribir, sin ruborizarse, "Achiras, achiras, oh largo frescor", "dedos viborales", y otros artificios de la más deplorable retórica?

Además su eclecticismo le perjudica. Escribe en todos los metros, en todos los ritmos, en todas las rimas ¿dónde está él? En el aspecto formal y en el aspecto substancial se muestra retrógrado. No hay en él énfasis de poeta revolucionario, en consecuencia, creador. Está abrumado de lecturas revueltas, y no las utiliza, transubstanciándolas como el vate nicaragüense, (que emergió en un instante de cultura larvaria), sino que *utiliza* algunas de sus lecturas, accidentalmente, como esquema exterior, aisladamente. Aquí aparece Rimbaud, allá el propio Darío, Neruda, otros poetas chilenos.

La descripción de su poema "Circo", en que recuerda unos vejestorios, se desprende, sin disimulo, del poema "Los Sedentarios", de Jean Arthur Rimbaud, y aquello de "Sí; ¡Salvado! Aun queda tiempo. Aun, Aun. Salvado", recuerda excesivamente al Rimbaud de "Temporada en el infierno". Europa lo abruma, cree posible la salida, y luego. "Me mezclaré a los negocios políticos. Salvado".

Su poema "Tumíname, labio, inúndame, desátame", etc. es un reflejo pobre del pobre "Hondero Entusiasta", de Pablo Neruda, libro que el propio autor trata de manera despectiva. Se repite lo dicho en "¡Llanto a mi!". Los poemas, "Dios se cambia de casa. En un coche de lujo. ....", y "Dios pasa siempre resfriado: ¿tendrá temperatura?" se parean con los del poeta chileno Sotomayor, publicados diez años antes. Y cuando dice: "Ay, si te pudiera volver a ver, y te saludara y

aún no me diera cuenta", nos acordamos enseguida de Mahfúd Massis al afirmar: "Cada mujer que pase podrá tal vez llevarte y yo sin saludarte y yo sin conocerte". Dice Rosenmann: "Dios se murió", con evidente mal gusto, y Massis: "El creador acaba de morir"; y Rosenmann: "ojeras como murciélagos"; y Massis: "cual murciélagos atado al fondo de tus ojos".

Esto no es plagio, ni siquiera influencia. Es sólo la demostración de una cultura sin digerir. ¿A qué apresurarse?

Desconcierta, además en este escritor, cierta ternura maternal para nosotros inexplicable. ¿No será mejor escribir "a lo hombre",

y dejar los arrumacos a las *poetisas*, que las hay tantas, y no tienen material para escribir? Además eso de "me abrazo a las piernas de dorados vellos",—se refiere a *muchachos*—, aunque va entre comillas en el texto, no nos gusta nada.

Algunos críticos oficiales lo han elogiado; mal comienzo: cuando el chanchito aplaude al oso, hay que estar sobre aviso.

Repitamos, por último, que su excesiva preocupación por el giro idiomático lo destruye. Un día le preguntaron al ciempiés que cuál pie movía primero cuando caminaba. Desde entonces no pudo ya caminar. A buen entendedor, pocas palabras....



Ilustración al libro "Homenaje al Miedo", de María Elena Gertner, por Enrique Lihn Carrasco.

# Los orígenes y genealogía del camello

En cierta oportunidad, un tetuaní socarrón preguntaba a su amigo, excelente pintor de la vieja escuela costumbrista:

—Si yo te encargase un paisaje marroquí, en el que habrías de reunir los elementos decorativos más típicos, ¿qué es lo que pintarías?

—Hombre, sin lugar a dudas: unas pitas y chumberas (cactus), un camello y, a lo lejos, un grupo de tres palmeras. Y si quieres algo humano, un cabileño tomando té.

—Pues mira, le retrucó el riffeño: las chumberas son de América; el camello vino con los árabes, hace trece siglos, y las palmeras son asiáticas también. Y en cuanto al té, igualmente de Asia, nadie lo conocía aquí hasta el pasado siglo.

Por lo que respecta al camello, nuestro amigo se equivocaba. La historia del Africa del Norte, separada del resto del continente por el Sahara, debe dividirse en dos períodos, jalonados por la importancia del camello. Antes de ella, era casi imposible atravesar el Gran Desierto. Después de la llegada del sufrido y absurdo animal, el horizonte comercial del N. de Africa se ensanchó de manera extraordinaria. Sin embargo, su genealogía no es muy conocida, al parecer.

El camello, efectivamente, no es asiático, sino americano, aunque parezca increíble. Y su historia, paralela a la del caballo, es una de las mejor conocidas hoy entre las de todas las especies animales. Vale la pena contarla.

Cuando fueron apareciendo los mamíferos en el mundo, nadie habría apostado a su favor. La tierra estaba poblada por los más espantables seres. Era en pleno reinado de los reptiles gigantescos. Y, junto a ellos, los mamíferos—no mayores que las ratas y las liebres de hoy—debían procurar pasar desapercibidos. ¿Quién imaginaría que serían los reyes del mañana?

Al iniciarse el período básico del terciario, es decir, en el eoceno, los mamíferos con los dedos protegidos por un casco o pezuña—llamados por eso mismo unguados—se fueron diversificando: a un lado, los que quedaban definitivamente con dos dedos, o sea

con el casco partido en dos; a otro, los que quedaban con dedos impares, especialmente con un casco solo. Los camellos fueron los más representativos, los más auténticos jefes de la línea en la evolución de los primeros, mientras que los caballos tomaron la delantera de los otros.

La cuna original de aquellos unguados de casco hendido fué la zona occidental de la América del Norte. De las diversas especies iniciales, hoy sobreviven sólo los camellos, en Asia, Africa y una isleta del Sur de España, y las llamadas de la América del Sur.

Los primeros camellos descubiertos por los especialistas eran, más o menos, como liebres. Tenían los dos dedos principales y restos de otros atrofiados. Sus dientes eran cortos y sencillos. Paulatinamente fueron creciendo, alargándose notablemente sus patas y su cuello. Ya en el período siguiente—oligoceno—eran así y del tamaño de nuestras ovejas hoy, adquiriendo un perfil y dentición muy parecidos a las actuales llamas, en el período mioceno. Luego crecieron desmesuradamente, pasando a ser mucho mayores que en la actualidad, sin haber salido todavía nunca de las tierras norteamericanas.

La gran aventura del camello—muy superior a su paso de Asia al N. de Africa con las grandes tribus árabes arrebatadas por el fuego del Islam—fué cuando, en el pleistoceno, sus primeras avanzadas cruzaron el estrecho de Behring y penetraron en Asia, en tanto que otros destacamentos atravesaban la lengua de tierra de la América Central, para bajar hasta el Sur. Luego, los cataclismos, representados por los cambios de temperatura en los diversos períodos glaciales, aniquilaron a los camellos que habían quedado en América, así como a los caballos, rinocerontes y otras especies de mamíferos americanos antiguos.

Así fué cómo aquellos aventureros que se decidieron a cruzar el Estrecho de Behring, salvaron para la posteridad a los camellos, que tan relevantes servicios han prestado al hombre y a la civilización en los países desérticos del Viejo Mundo. Y baste para cerciorarse de ello, con ver la ternura que todo

ANECDOTAS, CURIOSIDADES, TEMAS DEL INFIERNO.

# LIBROS EXTRAÑOS

¿Cuáles son los libros más extraños? He aquí algunos:

I. F. Guhling escribió dos libros trascendentes: "Sobre si los dioses tuvieron barba", y "El origen de la barba de los dioses", en 1725.

Cristián Tobías Efraim Reinhard: "Demostración de que nuestros antepasados Adán y Eva tuvieron ombligo", publicado en 1752.

"Sobre la religión del niño en el seno materno", publicación hecha en Francfurt a mediados del siglo XVIII.

Antón Schlosser: "¿Pueden considerarse personas las mujeres?"

A las obras citadas habría que agregar los dos tomos en cuarta que el profesor Martorelli dedicó en 1756 a la descripción de un tintayo antiguo; el libro del francés Languet contra el uso del pan considerado perjudicial para el organismo; la discusión académica que hiciera derramar tantos mares de tinta sobre "Porqué pesa el agua con los peces tanto como la misma cantidad de agua sin los peces?"; "La topografía del infierno", de un teólogo alemán; la obra de un físico del siglo XVIII demostrando el origen volcánico de las pirámides; el estudio hecho por Ludovico Gandini en 1581 para establecer por qué Petrarca que había elogiado todos los encantos físicos de Laura se había olvidado de mencionar su nariz; y la disertación de un profesor parisiense del siglo XVIII, sosteniendo que eran vanos los esfuerzos de las demás naciones por emu-

lar la literatura francesa, y por lo tanto sería preferible que los no franceses dejaran de escribir.

"El pensamiento que no es peligroso no merece ser considerado un pensamiento".

OSCAR WILDE.

## UNOS Y OTROS.

Los manuscritos de Ariosto están cargados de enmiendas. En el original conservado en Florencia escribió de dieciséis maneras diferentes el pasaje célebre donde describe una tempestad. Petrarca copió cuarenta y seis veces uno de sus versos.

Los manuscritos de Tasso son ilegibles a causa de sus correcciones. Buffón rehizo once veces su escrito "Las épocas de la naturaleza".

En cambio el italiano Ferreri compuso en tres días un poema latino de mil versos, sobre León X. A Erasmo su "Elogio de la locura", le llevó solamente siete días de trabajo. Voltaire compuso en seis días su tragedia "Olympie" y Chapman, poeta inglés muerto en 1634, tradujo en cuatro meses los doce libros últimos de la Iliada".

buen beduino guarda para su "mehari", consciente de que en más de una ocasión su vida dependerá de su resistencia o su instinto.

Por su parte, el camello se comporta adnegadamente, en general, aunque en la época de celo se vuelve irascible y excesivamente caprichoso. Pero gusta que lo consideren bien y no aguanta con mayor resignación la ignorancia de sus hábitos o la injusticia en el trato. El pasado año ocurrió este suceso en un campamento egipcio: un guarda de la frontera había castigado con excesiva dureza a su "mehari", cosa que no es habitual. El camello, con el rencor consiguiente, esperó a un descuido del jinete lo derribó y lo pateó

concienzudamente, hasta hacerlo perder el sentido. Y escapó a todo correr. Más tarde, arrepentido, volvió junto a su dueño, tratando de levantarlo suavemente con la boca. Como el guarda permaneciera inmóvil, el camello comprendió que pasaba una cosa grave y galopó hasta el campamento, haciendo comprender, con su presencia agitada, que algo había sucedido. Y así salieron con él otros compañeros del maltrecho "moharista", guiados por el agresor, que luego hizo mil muestras de alegría y sumisión cuando vió reanimado a su dueño y en condiciones de volver a encaramarse a su giba.

# LA HISTORIA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

He aquí un tema con el que conviene mucho que se familiaricen de manera urgente y sería los especialistas del mundo árabe e islámico: la historia de "Al-Andalus", es decir, de la España musulmana. Porque—como acertadamente se ha reprochado alguna vez—no hay razón alguna para que los historiadores del Oriente árabe y musulmán no se decidan a penetrar, ávida y sistemáticamente en la maravillosa floración cultural del Occidente musulmán, de la que Al-Andalus constituye la más rutilante joya. Por extraño que nos pueda parecer, hasta el presente son historiadores occidentales, españoles o judíos, quienes con más tenacidad se han abocado al tema, que tanta atracción continúa ejerciendo, sin embargo, sobre todo el Oriente árabe musulmán. Pero la extrañeza llega a lo paradójico cuando nos encontramos con una tan admirable obra como "La España musulmana" (1) de D. Claudio Sánchez-Albornoz, al ver que es un profesor español, especializado en los estudios medievales de la España no musulmana, quien, consciente de tal vacío, se ha decidido a ensayar un firme y bien conseguido esfuerzo para esbozar el primer ensayo completo contemporáneo de la historia de Al-Andalus (2).

Ahora bien: el profesor Sánchez-Albornoz—como paladina y noblemente declara en la propia introducción a su obra—no pertenece a la gran escuela moderna de los arabistas hispánicos. Por otra parte, debe ser considerado entre los historiadores españoles inclinados a no reconocer gratuitamente al Is-

lam ni un adarme más de importancia que la que resulta estrictamente necesario reconocerle en la formación histórica y espiritual de España. No es, pues, tampoco, un "islamizante", en un sentido de "filoislamismo". Sin embargo su probidad de historiador le ha llevado a presentar, con "La España musulmana", un hermoso testimonio de la grandeza que llegó a alcanzar el Occidente islámico, haciéndose tan acreedor al reconocimiento del mundo árabe y musulmán que la cuidadosa traducción al árabe de tan brillante obra constituye un deber, a nuestro juicio, para los impulsores del actual renacimiento araboislámico. Primero, como manifestación de justo reconocimiento a la rama de la intelectualidad española tan tenaz como fructuosamente consagrada a este linaje de estudios. Segundo, para acrecentar la escasa bibliografía árabe dedicada seriamente al Occidente musulmán. Por último, para estimular a los especialistas árabes en historia a consagrar también, de una vez, la atención que el propio Sánchez-Albornoz solicita de los historiadores españoles, en orden a acometer la gloriosa empresa de componer la historia sintética de Al-Andalus.

Hacia ya un siglo, aproximadamente, que no se habían renovado los intentos de completar o superar el primer ensayo realizado en tal sentido, en el siglo XVII, por el historiador magrebí Al-Maqqari. Lo realizó entonces D. Pascual Gayangos, con su "Historia de las dinastías mahometanas en España", publicada en Londres, en 1843. Dos décadas más tarde, en 1861, apareció en Leiden (Holanda), la clásica "Historia de los Musulmanes de España", hasta la conquista de Andalucía por los almorávides", que, durante tanto tiempo, ha hecho autoridad única e incontestable en la materia. Pero, no obstante los grandes méritos de Dozy, su autor, no deja de ser una historia incompleta de Al-Andalus, puesto que al no abarcar más que del 719 al 1110, quedan fuera de su cuadro los casi tres siglos del predominio bereber en la España musulmana, y el epílogo de casi un siglo más, constituido por el reino de Granada. El hueco fué llenado parcialmente, en

(1) "La España Musulmana", por Claudio Sánchez-Albornoz.— Buenos Aires, 1946, Librería y Editorial "El Ateneo".— Dos volúmenes de 424—525 págs., con numerosos grabados.

(2) Al presente está en curso de publicación en El Cairo la "Historie de l'Espagne musulmane", de Lévy-Provençal, de que nos ocuparemos en otra oportunidad. Aparecido el primer volumen en 1947, se nos informa que el segundo verá la luz en el curso del presente año de 1950. Traducido por Gómez Moreno, se incluirá en la Historia de España, que, bajo la dirección de Menéndez Pidal, acompañado por un grupo de especialistas, está editando Espasa Calpe.

la misma época, por el español Lafuente Alcántara, con su "Historia de Granada" (París, 1852), terminando así, hasta ahora, los ensayos de amplio vuelo en torno a la historia de la España musulmana.

Por ventura, los amantes de la hermosa explosión espiritual que fué el "Andalus" no han permanecido ociosos desde entonces. Mientras tanto, en España, sobre todo, floreció la gran escuela arabista moderna iniciada por el benemérito Codera y llevada a la cúspide por Ribera y Asín, que han adoc-trinado a toda una pléyade de especialistas. Fruto de su noble curiosidad y saber ha sido la investigación y aprovechamiento de los riquísimos archivos árabes de España, sobre todo los mundialmente conocidos del Escorial, de la Biblioteca Nacional de España y de la Real Academia de la Historia, radicadas en Madrid las dos últimas. Al propio tiempo, investigadores franceses realizaban una obra paralela en Marruecos, descollando entre ellos el eminente autor de "La España Musulmana en el siglo X", Lévi-Provencal, con sus afortunados descubrimientos en la venerable mezquita y universidad Qarawiyyin, de Fez. Y, como consecuencia de todo este paciente y sabio trabajar, se han publicado una gran cantidad de monografías, multiplicándose y revolucionándose completamente los conocimientos anteriores sobre la historia, significación y proyecciones universales de la gran cultura desarrollada en Al-Andalus, al ponerse en íntimo contacto el genio español y el Oriente árabe e islámico. Hora es, pues, de realizar la obra de síntesis —viene a decir Sánchez-Albornoz— que revise y ponga al día la alta significación universal alcanzada en el orden espiritual por la España musulmana, ofreciendo "una visión panorámica del Islán hispano, tal como nos es hoy conocido". Y, para estimular a tal obra a los más especialmente indicados para ella, el distinguido historiador de la Edad Media española ha sometido, en las más ingratas condiciones, la difícil y tentadora empresa. ¡Hermoso ejemplo, a fe, de entusiasmo, laboriosidad y competencia!

Sánchez-Albornoz, en efecto, por azares de sus actividades en campos ajenos a su profesión, ha debido radicarse desde hace ya más de diez años en Buenos Aires (Argentina), cuya Universidad le ha confiado la cátedra de Historia de la Cultura española, primera en su género descubierta y desarrollada por los pueblos de la Península Ibérica. Y entre los jugosos frutos de sus nuevas y perseverantes actividades figura "La España musulmana", editada a todo lujo en Buenos Aires,

cuyo título lleva esta advertencia: "*según los autores islamitas y cristianos medievales*". — ¿Por qué? Por un honroso escrúpulo del autor, que ha constituido, al propio tiempo, un verdadero hallazgo, en orden a imprimir interés y vida al texto.

Sánchez-Albornoz, evidentemente, hubo de vacilar, al poner mano a tan sugestiva evocación del "Andalus", entre dos realidades, un tanto contradictorias: de un lado, la necesidad general de una historia de la España musulmana y su impulso personal de iniciar la síntesis; de otro, las dificultades en que se vería, por su actual residencia en América, en orden a consultar textos, completar investigaciones y demás, ya que las fuentes de la historia de "Al-Andalus" se encuentran, principalmente, en España y Marruecos. Así las cosas, el profesor Sánchez-Albornoz optó por un "compromiso", con el más afortunado éxito, escribiendo "La España musulmana" que, como él ha dicho no es "una historia cabal del Al-Andalus sino, una visión integral de la España arabizada", es decir, "una exposición pormenorizada de esa historia, que permita a los lectores conocer el panorama actual del pretérito del Islam". Y, para ello, con certero espíritu de selección y método, recoge un amplio conjunto de textos en que los propios "cronistas, historiadores, compiladores, príncipes, gobernadores, alfaquíes, poetas, filósofos, místicos, juristas y hombres de ciencia, musulmanes y cristianos", de los distintos y sucesivos períodos de Al-Andalus, nos presentan, y del modo más auténtico que cabía imaginar, "La vida de los islamitas españoles".

La "España Musulmana" no se reduce a proporcionar un cuadro viviente, vigoroso, completo y pintoresco de Al-Andalus, lo que ya constituiría un considerable mérito. Al fin y al cabo, su autor es un historiador de cuerpo entero y, en consecuencia, no ha podido resistir a la tentación y la necesidad de "hacer" historia. Por ello, cada grupo homogéneo de textos traducidos va precedido de una breve nota de introducción, que constituye no sólo una excelente guía para la mejor comprensión del cuadro, sino, en su conjunto y detalle, un admirable esfuerzo para iniciar, al fin, la tan deseada historia de la España musulmana, con criterio y documentación actuales.

Todos los amantes de Al-Andalus deberían conocer la obra de D. Claudio Sánchez-Albornoz. Y, a buen seguro, que su amor se exaltaría hasta los límites de la admiración más profunda.

# Como nació la tierra

Es del más general conocimiento que todos los astros que se agrupan en nuestro sistema solar han nacido de un mismo núcleo central; el padre sol. Esto no es una hipótesis, sino una realidad comprobada por el estudio de la composición de todos y cada uno de los referidos astros, que hoy se conoce perfectamente gracias al espectroscopio. Ahora bien: ¿cómo se produjo el maravilloso acto del desprendimiento de estos hijos del sol, que son la tierra y los demás planetas, con su corte de satélites, asteroides, cometas y meteoros?

Cuando la mayor parte de nuestros lectores cursaron sus estudios, la cosa era muy clara, gracias a la famosa teoría del astrónomo francés conde Pedro Simón de Laplace (1749-1827). Según él, nuestro sol fué una inmensa nebulosa de unos diez mil millones de kilómetros de diámetro y altísima temperatura, que giraba magestuosamente, reduciéndose su volumen y aumentando su velocidad, conforme se enfriaba poco a poco. Alcanzado cierto punto, se desprendió un anillo de gas, que se condensó en un esferoide mucho menor el cual, sujeto a la atracción del sol, quedó girando en torno suyo. Este primer planeta fué Neptuno, y su caso fué repetido por la aparición sucesiva de Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus y Mercurio, en este orden, precisamente. Por un proceso similar, los planetas desprendieron otros anillos menores, que se condensaron y quedaron girando alrededor de cada uno de ellos. Y tal fué el origen de la Luna y los demás satélites dependientes de los planetas de nuestro sistema solar.

La teoría era sencilla, bella y, por lo mismo, convincente. E incluso parecía comprobarse en unos aparatos "ad hoc", que hacían buen papel en los laboratorios de geografía. Pero, a veces, no hay nada más peligroso que lo en apariencia sencillo, bello y, por lo mismo, convincente. Y así, un día se descubrió que las moléculas gaseosas están dotadas de una velocidad tan diabólica que, de haber existido los referidos anillos, su materia se habría dispersado en el espacio, siendo imposible su condensación para formar los futuros planetas. Se supieron luego otras muchas propiedades de la materia gaseosa, en oposición a la sencilla teoría de Laplace. Y lo que es más terminante aún, para los no iniciados en la física de los gases: se observó que de ser

cierto lo dicho por el buen conde, todos los satélites girarían en la misma dirección que la de los planetas alrededor del sol. Pero da la madita casualidad de que dos satélites de Júpiter y uno de Saturno giran en la dirección contraria. . . ¡Definitivamente, no servía la teoría de Laplace!

Después de no pocas controversias y de diversos esbozos nuevos de explicación, Chamberlin y Moulton, profesores de la Universidad de Chicago, lanzaron una teoría más complicada, menos sugestiva, pero más en armonía con el estado actual de las ciencias. Según ellos, como según Laplace, procedemos del padre sol, desde luego; pero desprendidos de él a consecuencia de la atracción ejercida por otra gran estrella, que pasó suficientemente cerca para arrancarle una serie de masas gaseosas que quedaron, como retorcidas en espiral, por la terrible succión, a distancia suficiente para no caer de nuevo en el sol, pero no tanto que escaparan a su atracción relativa. Y así quedaron girando en órbitas de forma elíptica, concentrándose paulatinamente, hasta formar los planetas. Y en forma análoga se produjeron los satélites.

Esta teoría básica va experimentando numerosas correcciones, porque cada vez se conocen más fenómenos y es más difícil explicarlos todos. Las opiniones se dividieron, por ejemplo, entre los que razonaban que la tierra fué sólida primeramente y los que creen que fué líquida. Pero lo que sí resulta evidente es que si bien ahora disfrutamos de excelentes condiciones para la vida humana, lentamente se están perdiendo, amenazándonos de una muerte cierta. Pero esto o sucederá aún en muchos millones de años, salvo que se repita la ingratísima sorpresa del paso de otra estrella a suficiente distancia para arrancarnos de la madre tierra, en un colosal tirabuzón.

¿Y cuándo se ha de extinguir la vida en nuestro amable planeta, a consecuencia, por ejemplo del gradual enfriamiento del sol? Al parecer, en los próximos dos billones de años. No hay prisa, pues, todavía, máxime si se considera que dos billones son dos millones de millones, es decir el número dos seguido de doce ceros. Y no dos mil simples millones, error en que suelen caer los que, al traducir, confunden el "millard" con el "billón".

En este caso, vale la pena aclarar . . .

# Huellas del Arte mudéjar en América

Nos sugieren estas breves consideraciones una referencia crítica bibliográfica publicada en la gran revista española "Al-Andalus", que tan meritoriamente viene destacando los valores de la cultura hispanoárabe, cuyo estudio ha sido capitalmente impulsado por la admirable escuela de los arabistas hispánicos.

Se trata de un libro —"Arte mudéjar en América"—editado en Méjico, cuyo autor, el señor Manuel Toussaint, ha estudiado las obras de arte mudéjar existentes en los países colonizados por los pueblos ibéricos, incluso los arrebatados a Méjico por los Estados Unidos. Estudio completamente virgen, como, en general, cualquier enfoque serio de las diversas huellas de las influencias orientales en América, el libro del señor Toussaint parece constituir un interesante aporte, demostrativo en sí mismo de la importancia de aquella influencia, seguramente muy superior a la que comúnmente se cree. Con su habitual espíritu analítico—exento de cicaterías o innecesarias durezas, pero con esa exigencia justa que impone la maestría—el crítico de "Al-Andalus" señala las fallas de una obra a que aludimos, sin dejar de encarecer por ello su positivo valor.

Si abordamos tan superficialmente el tema ahora (a reserva de volver sobre él con un conocimiento directo del libro del señor Toussaint) lo hacemos a impulsos del deseo de llamar la atención de las personas competentes sobre la conveniencia de estudiar de una manera tan sistemática como imparcial, todas las influencias culturales que confluyen en nuestra América. Hasta ahora, tales estudios, incluso los más meritorios, pecan de unilateralidad, desde más de un punto de vista. Y de la más lamentable deficiencia en lo que afecta a las influencias semíticas.

Por una mezcla de pereza e incompetencia, entre los más interesados, y de proclividades racistas, en los mejor preparados, es corrien-

te sobreestimar, inclusive, cualquier influencia o reminiscencia indoeuropea en tanto se ignoran desdeñosamente las semitas. Sólo lo vasco—cuyo origen indoeuropeo nadie osaría asegurar—ha escapado a esta tendencia unilateral, cuyo ápice de exaltación han alcanzado los adoradores de lo ario. Lo vasco en América, efectivamente, es ensalzado por algunos incluso con pueril apasionamiento, en tanto que otros lo han menospreciado por sistema, con no menos apasionada injusticia.

Sin embargo, es indiscutible que lo árabe y bereber, por ejemplo, ha jugado un importante papel en el desarrollo del Nuevo Mundo. Ante todo, integrados en las primeras oleadas de conquistadores y colonizadores, procedentes especialmente del viejo "Al-Andalus" cuando sólo hacía unos decenios que aún existía independientemente el Reino de Granada, y mucho antes de la expulsión en masa de los moriscos. Varios siglos después, traídos por la corriente inmigratoria procedente de manera directa del Oriente árabe, que ha llegado a alcanzar ya tanto vuelo.

Al hacer este llamamiento respondemos exactamente al significado de nuestra revista, cuyo título—réplica del prestigioso "Al-Andalus", simbólicamente fechado en Madrid y Granada—habla suficientemente de la integración de valores espirituales que nos gustaría ayudar a promover, como elemento fundamental en esa cooperación entre Occidente y Oriente si la que es muy posible se derrumbe de modo definitivo la civilización contemporánea.

He aquí una fuente de temas del más alto interés para americanos, árabes, arios, ibéricos y judíos, exentos de prejuicios y simplemente arrebatados por la santa curiosidad de saber, que, por lo mismo, no deben reconocer exclusivas a favor de judíos, ibéricos, arios, árabes o americanos.

frente a la indiferencia de las potencias mayores respecto a los asuntos de los países pequeños y a tan hondos problemas de humanidad.

La cuestión de la cooperación entre Oriente y Occidente—que está en un primer plano tan palpitante si queremos que la civilización

sea salvada—fué desarrollada desde el punto de vista de la mujer árabe en la reciente Conferencia de Beyrouth por la señora Ceza Nabaui, en términos tan justos y elevados que despertaron la mayor admiración. En otra oportunidad nos ocuparemos del tema.



